

MANUEL UGARTE

Cuentos Argentinos

Ilustraciones de PELELE



PARÍS

CASA EDITORIAL GARNIER HERMANOS

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

55-117

Cuentos Argentinos

127-1-12

Obras de Manuel Ugarte

DE VENTA EN LA MISMA LIBRERÍA

- Crónicas del Bulevar**, con prólogo de Rubén Darío, 1 tomo en 18.º rústica 3 35
- Paisajes Parisienses**, con prólogo de D. Miguel de Unamuno y epílogo de M. François de Nión, 1 tomo en 18.º rústica 3 35
- La Novela de las Horas y de los Días**, 1 tomo en 18º rústica. 3 35
- Una tarde de Otoño** (Pequeña sinfonía sentimental), 1 tomo en 18.º rústica. 3 35
- Vendimias juveniles** (Poesías), 1 tomo de la Biblioteca Poética 3 0



LA LEYENDA DEL GAUCHO

Cuentos Argentinos

I

Cuando Buenos Aires no era todavía la ciudad grandiosa que todos admiran hoy, sus costumbres conservaban cierto dejo de ingenuidad fresca y romántica que aun persiste en la memoria, á pesar del tiempo transcurrido y de las maravillas que se han realizado después. La fiebre moderna, el lujo ultraeuropeo y la gravedad anglo-sajona, clasifican una evolución feliz de nuestro carácter y denuncian un avance portentoso de la colectividad, pero no consiguen destruir el encanto de las visiones apacibles de nuestra primera juventud. Porque han de saber los lectores, que el cambio en cuestión data apenas de fines del último siglo. No es necesario ser abuelo para poderlo contar.

Cuando el que os habla tenía quince años, es decir, en 1893, Buenos Aires era todavía una ciudad de segundo orden, cuya tendencia emprendedora, por grande que fuera, no dejaba adivinar tan portentoso porvenir. Con el millón de habitantes vinieron después el empuje devorador, la tiesura y los automóviles; pero en las épocas en que empieza este relato era aquélla una ciudad juvenil y *sans façon*, donde los novios hablaban por la reja, los teatros ganaban dinero con el género chico y los tranvías resbalaban modestamente al trote parsimonioso de sus caballos.

Lejos de mí la peregrina idea de lamentar la desaparición de aquellos tiempos ó de condenar los adelantos actuales, que son la afirmación victoriosa de nuestra nacionalidad. Si yo tuviera las llaves del progreso, en vez de ponerlo en circulación gradualmente, lo volcaría todo de una vez sobre la tierra para favorecer el triunfo y el bienestar de los hombres. Pero eso no quita que aquellas costumbres, un tanto patriarcales, hayan dejado en el corazón una fragancia que persiste. Todos llevamos nuestra alma y nuestra historia condensadas en un minuto de la vida; y ese recorte del pasado, ya melancólico, ya alegre, es casi siempre el jardín donde se recrea la imaginación.

Decíamos, pues, que Buenos Aires era en 1893 una hermosa ciudad de 600,000 habitantes, que, aunque moderna y adelantada, conservaba algunos usos y tradiciones de pueblo chico. La improvisación había sido tan rápida, que los mismos que la determinaron se veían en la imposibilidad de seguirla. De aquí una contradicción pasajera entre el progreso material y las costumbres, y de aquí un estado encantador donde se conciliaba el bienestar de una ciudad nueva con los resabios de la simplicidad del coloniaje. Las familias ricas, lejos de ir como ahora á pasar el verano á Mar de Plata, se contentaban entonces con emigrar al Tigre, á Adrogué, á Lomas, y sobre todo á San José de Flores, que es hoy un barrio de la capital hormigueante, y que por aquel tiempo parecía el refugio más indicado para atenuar los rigores de la estación estival.

San José de Flores era una pequeña población, diminuta y sonriente, agrupada á ambos lados de una calle anchísima que continuaba llamándose calle Real. Un ferrocarril jadeante que rodaba penosamente sobre un terraplén mal nivelado, y un tranvía muy lento que resbalaba entre nubes de polvo, la ponían en comunicación con Buenos Aires y la daban cierto aspecto animado de estación termal. La

hermosa iglesia, entonces en construcción, erguía sus torres desiguales rodeadas de andamios, ante una plaza cuadrada llena de árboles muy verdes, bajo los cuales sonreía el kiosco donde tocaba al anochecer la música militar. Un teatro, un « club social » y dos docenas de tiendas, más ó menos lujosas, donde se vendía cuanto era menester para aquella clientela acaudalada y exigente, completaban el cuadro reducido de la calle principal. Pero lo que daba verdadero carácter á la población, lo que hacía de ella un lugar de reposo y de recreo, era la profusión de quintas alegres rodeadas de jardines que se multiplicaban en todas direcciones bajo el cielo invariablemente azul. Unas parecían pequeñas y modestas, otras eran vastísimas y suntuosas, pero todas se ajustaban á un mismo tipo ecléctico, en el que se fundía la tradición andaluza con las preferencias afrancesadas del criollo.

La sala miraba casi siempre al jardín. Por las ventanas, con reja, se veían las otras habitaciones y el gran patio interior con sus corredores descubiertos, sus enredaderas invasoras y fragantes, y sus tinajas solemnes, donde se recogía el agua de las lluvias. Detrás se abría la huerta con el gallinero bullicioso, los parrales, á cuya sombra dormía el perro guar-



dián, y las caballerizas, donde sólo se oía la masticación monótona de los caballos.

Las casas eran casi siempre de un solo piso, y en los parques no reinaba, como ahora, la moda inglesa. A ambos lados de los senderos, bordeados de arrayán, se desencadenaba una vegetación caprichosa, que no obedecía á ningún sistema ni denunciaba la preparación del hortelano. Pero del conjunto se desprendía una fragancia silvestre que era como la libre ingenuidad de las flores, hoy sujetas como nosotros á la disimulación y á la férula. Los jazmines trepaban resueltamente por el muro y lo cubrían con sus brotes finos tachonados de nieve; las magnolias llegaban á la altura de los techos con sus cálices blancos, semiocultos entre las hojas brillantes; la madreSelva extendía un ala olorosa sobre el pozo artesiano y sobre el pilón, por cuyas grietas cubiertas de musgo solían asomar su atrevimiento los lagartos; y las violetas diminutas, de fragancia viva y tallos muy cortos, desafiaban escondidas entre las matas espesas, la curiosidad ambiciosa de las muchachas vestidas de blanco que las buscaban alegremente.

La existencia era también, en conjunto, mucho más simple y más llana. Como los jefes de familia pasaban el día en Buenos Aires ocu-

pados en sus negocios y no volvían á Flores hasta el atardecer, y como las mujeres, los jóvenes y los niños dormían la siesta y sólo salían á la calle cuando bajaba el sol, se podía decir que la vida no empezaba hasta las cinco de la tarde. Pero desde esa hora hasta la media noche era un desborde maravilloso de lujo, de belleza y de buen humor.

La ventanas se abrían con estrépito; los jardines se poblaban de grupos que desbordaban hasta la acera y la obstruían con sus sillones de mimbre; los carruajes descubiertos, tripulados por señoras y niñas, atravesaban las calles en todas direcciones; los racimos de jinetes gallardos multiplicaban los encuentros y los saludos bajo la sonrisa desconcertante de las novias; y los que regresaban de Buenos Aires después de una jornada de labor durante la cual habían contribuído á aumentar la riqueza de todos, se fundían en la felicidad general, estrechando la mano á los transeuntes y besando en la frente á los hijos, que les saltaban al cuello

II

En esta atmósfera descansaban los veranos Luisito Achával y Lisandro Mendezuela. Así que se cerraba la Universidad, ambos amigos iban á reunirse con sus respectivas familias en San José de Flores, y no se movían de allí hasta que se anunciaba el otoño y se abrían de nuevo los estudios. Eran tres meses de libertad y de holganza. En el dintel de los veinte años, cuando todo tiene en la vida el color de las auroras, nada rima mejor con nuestro espíritu que la vida independiente, al margen de las ciudades, en íntima comunión con la Naturaleza.

Luisito y Lisandro se habían conocido de niños y continuaban paralelamente su educación. De aquí un compañerismo que se transformó muy pronto en intimidad, á pesar de las diferencias de carácter y de fortuna. Achával pertenecía á una de las familias más ricas y

encopetadas de Buenos Aires; Mendezuela era huérfano de un pobre capitán de Infantería. Pero se sentían demasiado jóvenes y demasiado puros para advertir el obstáculo.

Lisandro comía y pasaba el día entero en casa de Luisito, donde le recibían casi en calidad de pariente. La inmensa quinta señorial, á través de cuya verja dorada se advertía el jardín inmenso lleno de árboles seculares, era para él tan familiar y tan *suya* como la modestísima vivienda donde su madre se esforzaba por mantener cierta apariencia de bienestar con la mezquina pensión que le servía el Gobierno. Lisandro tenía en casa de Achával su cubierto en la mesa, su silla en el salón y su caballo en las caballerizas. Pero en todo ello había quizá cierta condescendencia de buen tono que él no alcanzaba á advertir, cegado como estaba por su inexperiencia y por la costumbre.

— Venga usted aquí, caballere — le decía á menudo en broma la señora de Achával; — no me parece justo que quien va á ser un médico notable se estrangule con una corbata nudosa y descolorida. Le voy á regalar á usted una que es un primor.

Y uniendo el gesto á la palabra le ofrecía una lujosa cinta de seda, cuyo lazo se encargaba de hacer ella misma.

Otras veces su amigo le detenía en el momento de salir :

— ¡Qué feos son esos zapatos ! ¿Quieres unos míos?

Y le obligaba á entrar al guardarropa y á elegir un par entre los muchos que él desdeñaba. Pero Lisandro no veía en todo ello ninguna ofensa. Se había habituado á ser « de la casa », y le parecía muy natural que las cosas fueran comunes. Los trajes de Luisito le venían bien, porque ambos tenían el mismo cuerpo, y los aceptó. Esto le permitía hacer buena figura al lado de aquella gente derrochadora que le arrastraba en la corriente. Su amor propio no podía despertar, porque no le imponían ninguna humillación, y todo resbalaba sin tropiezo, como si un convenio tácito le otorgara las prerrogativas más altas.

A veces le llamaba el padre de su amigo y le hablaba aparte :

— ¿Cómo van los estudios? Es necesario que las vacaciones no hagan olvidar la gimnástica del trabajo. ¿Se acuerdan ustedes de dedicar dos horas diarias á los libros?

Lisandro contestaba que sí, y como sus exámenes habían sido brillantes y tenía fama de laborioso, no era posible ponerlo en duda.

Entonces daba forma don Pedro Achával á su constante preocupación :

— ¿Y Luisito? ¿Hace progresos?... Dele usted valor... Oblíguele á avanzar... Dígale que su último año de estudios ha sido para mí una decepción. Usted tiene influencia sobre él, y con tan buen ejemplo no es posible que se malogren mis esperanzas...

Lisandro salía del paso á su manera. Según él, Luisito era un estudiante modelo, pero en cuanto llegaba el examen se ponía nervioso y lo echaba todo á perder.

Don Pedro movía la cabeza. Bien sabía él que su hijo se mostraba poco inclinado á secundar sus planes. Pero había que vencerle, había que hacer de aquel Achával un doctor, un hombre de prestigio intelectual... Violentas rachas de ambición sacudían por entonces á las familias. Los hacendados, los comerciantes, los especuladores, cansados de acumular **beneficios**, volvían los ojos hacia las bibliotecas y trataban de despertar en sus descendientes la ambición de saber. Era como un supremo homenaje rendido á la ilustración por los hombres emprendedores que, nacidos en épocas rudimentarias, se vieron privados parcialmente de ella y comprendieron á lo largo de la lucha su importancia y su valor.

Luisito condensaba todo esto en una frase :
— Mi padre quiere doctorar á la familia.

Lejos de entregarse al estudio, dedicaba su tiempo á adiestrar caballos, á combinar paseos y á jugar á la pelota en el pequeño frontón que se había hecho construir al fondo de la huerta.

Luisito tenía, por sus ademanes desenvueltos y su sonrisa maliciosa, cierto encanto singular que forzaba las simpatías. Lisandro era más ingenuo, más basto y más encogido. De su origen y de su primera educación había conservado una indefinible inferioridad en el aspecto, que contrastaba con la resolución y la gallardía de su protector. Este era la resultante de un grupo seleccionado, y parecía haber nacido para disfrutar del triunfo de los suyos; aquél era uno de los primeros elementos de una pro genie en formación que pugnaba por surgir. Porque la verdad es que si el padre de Lisandro puso al servicio de la ley su combatividad de primitivo, fué porque ya no resultaba posible obrar de otro modo; pero en resolución no había sido más que un bandido legal, cuya arremetida se desencadenaba á cubierto de las revoluciones y de las guerras civiles. Escarbando un poco en él, asomaba el gaucho indómito. De aquí las diferencias de

carácter y de aspecto. El primero pugnaba por subir; el segundo había llegado.

Pero los dos compañeros, absortos ante la juventud que les doraba las perspectivas, estaban lejos, como ya hemos dicho, de darse cuenta de estas cosas. La vida libre y sonriente les retenía con sus cabalgatas sin rumbo, sus amoríos platónicos y sus crepúsculos inverosímiles.



III

— ¿Sabes una cosa? — murmuró una tarde Lisandro, mientras los caballos, sudorosos y cubiertos de espuma, descendían lentamente por el camino desigual, de regreso de una excursión al vecino pueblo de Liniers.

— ¿Qué cosa? — preguntó Luisito indiferente.

— Algo muy serio, que me trae preocupado... — continuó el otro.

— ¿De qué se trata?

— Permíteme antes una pregunta...

— Vamos...

— ¿Me prometes ser discreto?...

— Te lo prometo...

— ¿No dejarás escapar una palabra en tu casa ni fuera de ella?...

— Ya te he dicho que me callaré la boca... Pero, ¿qué te ocurre que estás tan misterioso? ¿Has descubierto alguna panacea para curar

todos los males y hacer inútil el estudio de la medicina?...

Luisito era más alegre que Lisandro, y éste se enfadó, según su costumbre.

— No aspiro á merecer el agradecimiento de los malos estudiantes como tú — repuso malhumorado.

Y luego, más tranquilo, añadió :

— ¿Me quieres escuchar?

— ¡Habla, hombre! — estalló Luis, riendo á carcajadas. — Parece que me fueras á revelar un gran secreto.

— Y lo es...

— ¡Cómo! ¿Tú tienes un secreto y yo no lo sabía?

Luisito se sintió lastimado en su amistad. Pero Lisandro aproximó su caballo y se excusó :

— No te lo he dicho antes, porque quería tener la certidumbre; estoy enamorado...

La tarde desfallecía lentamente en brazos de la noche. En el fondo del camino se hundía un sol rojo como una gran gota de sangre. Y bajo el cielo azul, cubierto de nubes abullonadas y dispersas, resonaba monótonamente el paso seguro de los caballos.

Luisito soltó las riendas sobre el pescuezo del animal, y levantó cómicamente los brazos al cielo.

Pero Lisandro se negó á sonreír.

— Lo que te digo tiene más importancia de la que tú crees — insistió, preocupado. — ¿No adivinas el cambio que se ha operado en mí?

Entonces el compañero superficial se apresuró á inquirir los detalles de la aventura.

— ¿Y en qué conoces que estás enamorado? — preguntó, mitad en broma, mitad en serio.

— En mil detalles indefinibles — contestó Lisandro; — en una serie de sorpresas, melancolías, adivinaciones, ansiedades y enternecimientos, que no te puedo explicar. Estas cosas no deben ocurrir en la vida como en los libros. Cuando *la veo*, no se me quiere « saltar el corazón del pecho. » Por el contrario, siento un frío y una timidez que me obligan á escapar lo más pronto posible, para evitar el imperio de sus ojos. Sin embargo, así que estoy lejos de ella, algo me empuja á buscarla otra vez... Hoy la encuentro, mañana no... Pero siempre la persigo como un desequilibrado, aunque sé que así que la divise tengo que huir... Bajo su mirada se me hiela la sangre en las venas, se extingue mi voluntad, y una agudísima sensación de ridículo me obliga á desaparecer precipitadamente... Me parece que, al pasar, se burla de mí... Después comprendo que me equivoco, y me arrepiento de mi tor-

peza... Una angustia infinita me devora... ¿Qué voy á hacer?... Mis nervios no me permiten afrontar su presencia, y sin embargo, no puedo vivir lejos de donde ella está... Los planes más inverosímiles asaltan mi imaginación... Me vuelvo caviloso, inconsecuente, desconfiado, colérico... Me complazco en la soledad para gozar mejor de mi tesoro... Y cuando un amigo como tú me incita á la confianza, tomo mil precauciones, como un ladrón, porque me parece que la ofendo al confesar que estoy dispuesto á dar mi vida por ella...

— ¿Y dónde la encuentras? — preguntó Luisito, ganado por la emoción de su amigo.

— Donde nos reúne la casualidad : en la calle, en la plaza cuando hay música...

—¿ Has hablado con ella alguna vez?

— ¡Jamás!

Los dos jinetes se detuvieron para encender un cigarrillo. Bajo los bigotes nacientes temblaron las ascuas amarillas y olorosas, que los envolvieron en una nube de humo.

Después rompió el silencio Luisito, para volver á interrogar :

— ¿Es más joven que tú?

— Tendrá diez y seis años.

— ¿Ojos negros?

- Negros.
- ¿Cabello obscuro?
- Castaño.
- ¿Vive en Flores?
- Muy cerca de la estación del ferrocarril.
- ¿Desde cuándo la conoces?
- Desde hace tres semanas.
- ¿Ha adivinado ella tus emociones?
- No lo sé.

Luisito se encogió de hombros y arrojó una bocanada de humo.

— Escríbele una carta.

— ¿Una carta? — gritó Lisandro con indignación; — ¿pero tú crees, acaso, que se trata de una Lolita Rodríguez, á quien se pueden enviar versos maliciosos y declaraciones de comedia?

Esta alusión á sus inocentes enredos no hizo perder á Luisito su tranquilidad un tanto irónica.

— Eres un niño — declaró con cierta conmiseración paternal. — Con las mujeres hay que hacer gala de audacia.

La suficiencia pesimista exasperó al soñador.

— No entiendes una palabra de estas cosas — concluyó, — picando espuelas y lanzando su caballo al galope.

IV

Al llegar á la calle principal los dos amigos se unieron á otro grupo de jinetes. Paco García, Félix Melián y Vicente Rosano tenían aproximadamente la misma edad que ellos, y disfrutaban también del encanto de las vacaciones.

Los cinco descendieron en dirección á la iglesia.

La calle principal estaba á esa hora llena de gente. Los carruajes descubiertos pasaban sin interrupción, tripulados por mujeres hermosas que sonreían bajo las sombrillas multicolores. Era como un concurso de belleza y esplendor. Los caballos briosos, guiados por cocheros correctos, parecían arrastrar con orgullo los *breaks* y las vitorias, rumoreantes de conversaciones y de risas. Todo el lujo de la ciudad febril que humeaba al Oeste, se reconcentraba en aquellos paseos del atardecer.

Los jóvenes multiplicaban los saludos y los comentarios.

Melián y García conocían á todos, sobre todo este último, que tenía una lengua feroz.

— Ahí va Betances... ¿Le han visto ustedes?... Parece un rinoceronte, muy repantigado en su asiento, al lado de su mujer, disfrazada de anguila. Mi padre dice que Betances se ha retirado rico de la Bolsa, después de haber liquidado la de los demás... Pero... ¿quién viene en aquel *dogcart* tan elegante? ¡Vaya, si es Ferreira, el hijo del banquero gubernamental! El fenómeno que sonríe á su lado es una hermana suya, que busca novio y recita versos de Lamartine.

En esto pasó el landó donde iba Lolita Rodríguez con su madre y sus hermanas. Todos saludaron. Y como le llamaran del coche, Luisito se separó del grupo y se adelantó sonriendo. Los demás observaron á distancia la pantomima.

— ¿Lo véis? — reanudó el maldiciente. — La amistad de los padres favorece el acercamiento de los hijos. Si Rodríguez y Achával no hubieran inaugurado juntos el ferrocarril del Nenquén, no podría Lolita aceptar la rosa que nuestro amigo se saca del ojal, Las zalamerías sociales lo cubren todo. Apuesto lo que uste-

des quieran á que la mamá le invita á comer esta noche..., y á que Luisito acepta... ¡Claro que aceptará! Como que después de la comida saldrán todos al jardín, y tendrá el tunante más de una ocasión de decir tonterías á la tal Lolita, que es una perla... Porque nadie la creería capaz de tanta audacia... Con su sonrisa á media luz consigue burlar á los suyos... Pero algún día se ha de descubrir el pastel. Y cuando la familia sepa que se escriben y se tratan de tú, no va á ser chico el regaño que se ganen el conquistador audaz y su intrépida Julieta... Pero vean ustedes con qué *chic* representa el malvado su papel... ¡Si parece que no hubiera hecho otra cosa en su vida!... Todas sus atenciones son para la madre... Apenas si, de tiempo en tiempo, vuelve los ojos hacia la única que en realidad le retiene allí... Ahora se despide ceremoniosamente... Midan ustedes el saludo... Se diría que no ha pasado nada y que todo se reduce á un simple encuentro cortés...

Cuando Luisito se reunió al grupo, tuvo que soportar las bromas.

— Hemos admirado desde lejos tu desvergüenza — dijo Vicente Rosano.

— ¿Cuándo te casas? — preguntó en broma Félix Melián.

— Eres el más feliz de los Tenorios — concluyó García, — pero no te envidio la suegra...

A todo lo cual respondió el héroe, riendo como los demás y encogiéndose de hombros :

— No me hablen ustedes de cosas tristes, porque me caigo del caballo — declaró, parodiando el gesto de un actor en boga. — Lo esencial es divertirse...

El grupo de jinetes volvió á ponerse en marcha. La irreverencia juvenil y la malignidad nativa siguieron encarnizándose contra el aspecto y la reputación de los transeuntes.

Hasta que Lisandro, que había permanecido silencioso, acercó bruscamente su caballo al de Luisito y murmuró en voz baja :

— ¿Ves esa victoria que viene hacia aquí?

— La veo.

— Pues en ella está la persona de que te hablé.

El carruaje pasó á pocos metros de distancia, y Luisito distinguió la silueta de una señora todavía joven.

Junto á ella sonreía una señorita en cuyos ojos traviosos se reflejaba la creación.

— Todos conocen á las de Granada — declaró implacablemente García — á causa de la esplendidez del colorido. Se están gastando la fortuna que les dejó el infortunado jefe de

la familia. Pero como la viuda espera casarse otra vez, todo se arreglará quizá... siempre que salte un marido para la hija única... Por eso paseamos el muestrario á todas horas... ¿Quién quiere Granadas?... ¡Se dan de balde!

Lisandro se irguió, ciego de cólera :

— ¡Es usted un insolente y un estúpido!

Los demás se miraron sorprendidos, porque aquellas chanzas les eran familiares y nadie se enfadaba nunca. Además, todos ignoraban, con excepción de Luisito, las preferencias sentimentales del que acababa de protestar.

García, pálido bajo la ofensa, hizo lo posible por echar á reír.

— Estos novios impetuosos é inabordables — continuó, tratando de hacer buena figura, — tienen la mala costumbre de tomarlo todo á lo trágico...

Pero el aludido estaba fuera de sí.

— O se calla usted — declaró, — ó se gana una bofetada.

Los demás se interpusieron y cortaron el grupo.

— ¡Parásito imbécil! — lanzó entonces García antes de partir.-- ¡Bien se ve que es sangre de gaucho la que llevas en las venas!

V

Esa fué para Lisandro la primer revelación de su inferioridad social. Lo que había en él de torvo y de indomable, lo que prolongaba dentro del culto estudiante de Medicina el empuje atropellado y levantisco de los suyos, salió bruscamente á la superficie. El horizonte se transformó. Desgarrada la mentira que le había cegado hasta entonces, comprendió su situación y se avergonzó de ella. ¡ No había sido más que un parásito ! Todo lo que él creía suyo, no era más que un reflejo de aquellos á la zaga de los cuales iba. Mil detalles acudieron á su imaginación y le anegaron los ojos de vergüenza. Le pareció que había subido al tren en primera clase con billete de tercera, y que le expulsaban vergonzosamente del vagón... Entonces se sintió tan humillado, tan deprimido, tan vil y al mismo tiempo tan desamparado y tan solo, que corrió hacia donde

estaba su madre y cayó á sus pies sin acertar á contener las lágrimas.

Luisito vino á buscarle al poco rato, más alegre que nunca. Según él, la cosa no tenía la menor importancia. Pero Lisandro, muy sereno, se negó á seguirle, pretextando un dolor de cabeza. Había resuelto sacrificarse y romper aquella amistad cuya desproporción acababa de descubrir. No quería volver á sentarse á la mesa de los Achával. Su casita pobre y mezquina, donde él no había hecho hasta entonces más que entrar y salir, le pareció la mejor fortaleza para su orgullo.

Sin embargo, tuvo que graduar su alejamiento y escalonar las negativas. No era cosa de provocar una explicación que le pondría en ridículo.

Al día siguiente, consintió en ir á misa, como de costumbre, con su compañero de estudios.

Le ceremonia religiosa era en cierto modo un pretexto para reunirse. Los jóvenes que se agrupaban junto á las columnas entre las naves laterales y la principal, cuidaban de elegir un buen sitio para asistir á la plegaria de las novias. Las muchachas vestían su mejor traje. Y todos aguardaban la salida con interés, porque el atrio vastísimo se transformaba en salón que favorecía los encuentros y abría libre campo á

las dos pasiones de la colectividad : la murmuración y el *flirt*.

Cuando empezó el desfile, los dos amigos charlaban junto á la puerta.

Luisito no había visto á su novia y se desahacía en trágicas lamentaciones que acababan en carcajadas.

— Me matare, ya veras que me mataré — decía á media voz, provocando la sonrisa de los vecinos — y escribiré con sangre en el muro que desaparezco por ella... Lo que sé de Medicina no basta para curar esta pasión... Estoy irremediabilmente perdido... Déjame que me apoye sobre ti y préstame otro pañuelo para enjugarme las lágrimas...

Pero Lisandro prestaba poca atención á aquellas vanas travesuras. Dos cosas le preocupaban sin dejarle aliento para más : la sacudida del día anterior y la presencia en aquel lugar de la que le había transformado. Porque las de Granada estaban en la iglesia y debían salir de un momento á otro...

Por eso se alegró cuando Luisito fué á saludar á su parienta la señora de Montes, que pasaba acompañada de sus dos hijas... Pero á ese primer grupo se añadió poco después otro, y el enamorado vió con estupor que su amigo le llamaba para presentarle. La señora de Montes

había oído hablar de él y deseaba conocerle... No hubo más remedio que acudir...

En ese instante aparecieron las de Granada.

Lisandro las vió y contuvo un gesto de contrariedad... Iba á perder la sonrisa que tanto había esperado... Pero la suerte estuvo de su parte. Las de Granada conocían á las de Montes y se acercaron al grupo.

Entonces tuvo lugar la temida presentación. Lisandro se inclinó profundamente y estrechó la mano pequeña que le tendió la joven. Los ojos se habían saludado y se habían reconocido antes, sin aguardar sanciones del formulismo social.

Alguien habló de la *kermesse* de beneficencia que debía tener lugar al día siguiente.

— No dejen ustedes de venir á mi kiosco — dijo Sofía Granada dirigiéndose á todo el grupo, pero mirando muy particularmente á Lisandro; — un capricho bondadoso de la Comisión me ha convertido en florista... Venderé rosas y jazmines para dar de comer á los pobres. Cuento con la visita de ustedes...

Así que se despidieron, los dos amigos bajaron lentamente las escaleras del atrio.

— La cosa no puede ir mejor — declaró Luisito, inclinándose, al oído de Lisandro

Este sólo atinó á condensar lo que le ahogaba en una exclamación trivial :

— Es divina...

Y como el enamorado se detuviera al llegar á la calle, dispuesto á tomar el camino de su casa, Luisito le interpeló sorprendido :

— ¿No vienes á almorzar?

— Hoy no.

— ¿Por qué?

— Porque tengo la cabeza revuelta con estas emociones y necesito un poco de sombra.

Luisito se echó á reir.

— Eres un novio á la antigua... Pero hágase tu voluntad... Trata de venir por lo menos á cenar... En casa estaban anoche asombrados de no verte... Todos me preguntaban por ti... ¡Y como yo no puedo decirles que te has hecho monje para adorar mejor el recuerdo de Sofía Granada!...

Lisandro se encogió de hombros y se alejó

VI

A la fiesta de caridad del día siguiente entró con todas sus cavilaciones de veinticuatro horas.

La sala era un bazar multicolor atestado de elegantes curiosos que se hacinaban en torno de las niñas, cuyos trajes claros resaltaban sobre la uniformidad gris del conjunto. Aquí se remataban juguetes, allá se servía te, más lejos se voceaba una lotería, y en todas partes triunfaba el invariable *flirt*.

Lisandro no tardó en encontrar el kiosco de la de Granada, y á pesar de su timidez se adelantó resueltamente. ¿No le había dicho ella misma con los ojos que no dejase de venir?

La acogida no pudo ser más prometedora. Empezó por una escaramuza sentimental :

— Le estaba esperando á usted, porque tengo unos claveles preciosos y el primero tiene que ser para mi nuevo amigo.

— ¿De manera que usted da á los nuevos ventaja sobre los viejos....

— No me haga usted decir lo que no he dicho.

— De todas maneras, no he de ser yo quien se queje...

— ¡Quién sabe!... Porque si fuera exacta la interpretación, otros le vendrían á suplantar á usted en seguida...

- ¿En cuánto tiempo envejece una amistad?

— Depende de los componentes...

— Y la nuestra es...

— Busque usted...

— De hierro...

— Sería muy fría...

— De oro...

— Sería muy cara...

— De piedra...

— Sería muy dura...

— Confieso que no adivino...

— Busque usted bien...

— Ayúdeme...

— La nuestra es de un metal que es resistente, que es hermoso, que es barato, que es nuevo, que no cuesta casi nada...

— Y que se llama aluminio...

— Cabal. ¿Qué le parece á usted?

— Me parece que es usted divina y que merece que la quieran mucho...

— Y me quieren...

— ¿Quién?

— Mi madre...

— No, de otra manera...

— No he pensado todavía en tener novio...

— ¿Por qué?

— Porque esas cosas ni se buscan ni se proyectan : se constatan... ¿Cuál de estos claves es el que le gusta á usted para el ojal?

— El que esté más cerca de usted...

— ¿Este?

— Sí.

— Acuérdesse de los pobres.

Lisandro sacó su cartera, donde había reunido cuanto tenía, y extendió un billete, excusándose de la insignificancia de su contribución. Sofía lo recibió con ambilidad.

— Aquí se cotizan también las intenciones...

Y como el enamorado se despedía para ceder el lugar á otras personas, la muy ladina añadió :

— No deje usted de volver á conversar dentro de un rato... aunque no me compre nada...

porque los pobres necesitan también que los distraigan un poco...

Lisandro se alejó loco de alegría. A tal punto, que no advirtió la presencia de Luisito, que le cerraba el paso con el bastón.

— ¡Ya te he visto comprando flores! — exclamó el amable superficial; — pero tus devaneos sentimentales no justifican tu alejamiento. Te he buscado ayer toda la tarde, misántropo... Fui á tu casa y me dijeron que habías salido...; pregunté á los compañeros, y ninguno me supo dar razón de ti... ¿Qué haces?... ¿Qué piensas?... ¿Cómo vives?...

Lisandro se sentía tan feliz, que estuvo á punto de olvidar sus razones y dejarse ganar otra vez. Pero el recuerdo de la humillación le coloreó las mejillas y rehusó obstinadamente la taza de te que le ofrecía su antiguo hermano de estudios.

— Tengo que volver al kiosco de las flores en seguida... en seguida...

— Entonces me quedo solo — suspiró Luisito, — porque mi novia se ha enfadado, y para vengarse se está haciendo cortejar por el imbécil de García...

Cuando se encendió de nuevo la conversación, la de Grenada se defendió débilmente de las arremetidas sentimentales de Lisandro y

pareció poner su amor propio en aumentar aquella pasión. De suerte que cuando se acabó la fiesta, el estudiante se encontró en la calle sin saber si aquello era una realidad ó un desvarío. Sofía le había dado á entender que compartía su esperanza.

VII

La fiesta duraba dos días, y el segundo resultó para Lisandro una dulce agravación del primero. Las conversaciones fueron más largas y las sonrisas más expresivas. Hubo un instante en que se hablaron casi al oído.

— Yo no sé si son las flores ó si es usted; pero me siento mareado como si un perfume nuevo se me hubiera entrado hasta el corazón.

— Deben ser las flores, porque yo también siento la misma cosa.

Pero en todos estos atrevimientos de coqueta había no sé qué duplicidad aterciopelada que saltaba á los ojos. Se hubiera dicho que Sofía ensayaba sus armas para las lides confusas del porvenir. Su juventud y su belleza la empujaban á experimentar su poder y á saborear las sutiles satisfacciones del orgullo.

Lisandro era demasiado simple para vislum-

Erar esas cosas. Sin embargo, un incidente imprevisto le abrió los ojos.

Era el atardecer, y la fiesta tocaba á su fin entre una gran algazara de pregones irresistibles. Toda la juventud de San José de Flores se apiñaba alrededor de las vendedoras. Una fiebre extraña la sacudía. Se citaban remates fantásticos. Mariño había pagado cincuenta pesos por una tarjeta postal. Costa cien por una caja de bombones, y Catáneo doscientos por un paquete de cigarrillos. La vanidad y el amor se combinaban para atribuir los precios más altos á los objetos más corrientes.

Sofía se dispuso á rematar también. Su kiosco estaba vacío. Lo había vendido todo. Pero le quedaba la rosa que llevaba en el pecho.

— ¿Cuánto me dan por ella? — preguntó con una sonrisa encantadora.

— Cinco pesos — repuso tímidamente uno del corro.

Lisandro se sintió lastimado por la oferta, y dobló la cantidad.

— ¡Diez!

Todos los ojos se fijaron en él.

Pero alguien replicó bruscamente desde atrás:

— ¡Doy quince pesos!

El enamorado se volvió y reconoció al hombre con quien había tenido el altercado fatal.

Un relámpago de odio le pasó por los ojos. Sin embargo, hizo lo posible por calmarse, y continuó :

— ¡ Veinte !

— ¡ Veinticinco ! — rectificó la misma voz con cierta ironía imperceptible.

Los espectadores comenzaron á interesarse.

Bajo los ojos de Sofía, Lisandro tuvo la sensación de que era menester triunfar á cualquier precio. Iba á sacrificar cuanto tenía para sus necesidades del mes. Pero aquella flor no podía ser de otro.

— ¡ Cuarenta pesos ! — gritó, creyendo acobardar á su adversario.

— ¡ Cuarenta y cinco !

Lisandro se volvió otra vez. Le atormentó la idea de que no iba á poder luchar mucho tiempo. Sólo tenía cien pesos en la cartera. Si García prolongaba su maniobra, estaba perdido.

— ¡ Sesenta ! — clamó dando una nueva embestida.

Y la vocecita burlona respondió como un eco :

— ¡ Sesenta y cinco...

Entonces se abrió un tiroteo rápido :

— ¡ Setenta !

— ¡ Setenta y cinco !

— ¡ Ochenta !

— ¡ Ochenta y cinco !

Lisandro comprendió que su derrota era irremediable. Le acometió un deseo violento de abofetear á su adversario. ¿Cómo iba á competir él con un hombre que podía derrochar una fortuna? Su pobreza se le subió á los ojos en una nube de sangre. Con los dedos, húmedos de emoción, palpó el billete que tenía en el bolsillo.

— ¡ Noventa ! — declaró con una voz velada por el miedo.

Y el eco respondió :

— ¡ Noventa y cinco !

Entonces dejó caer con desesperación su última cifra :

— ¡ Cien pesos !

Una emoción espantosa le oprimió la garganta... Creyó que García no iba á contestar... Pero la campanada lúgubre se dejó oír :

— ¡ Ciento cinco !...

El estudiante de Medicina permaneció inmóvil, sin saber qué hacer. No le era posible continuar. Por otra parte, tampoco se resignaba á la vergüenza de abandonar la partida. Todos parecían interrogarle; Sofía esperaba su palabra... ¿Debía cerrar los ojos y huir como un vencido? La riqueza insolente de un egoísta, ¿pesaría en la balanza del amor más que toda

su ternura y toda su sinceridad? Estuvo á punto de desbaratarlo todo... Sus instintos rebeldes querían desencadenarse. Pero un esfuerzo heroico los contuvo...

— ¿No hay quien dé más de ciento cinco pesos? — preguntó Sofía, asombrada, paseando los ojos por el grupo y fijándolos con insistencia sobre Lisandro —. ¿No hay quien dé más?...

La sonrisa se trocó poco á poco en desdén... La vendedora aguardó un instante... Y como nadie respondiera, se desprendió la flor y la entregó á García.

— Se lo agradezco á usted en nombre de los pobres — declaró; — cuando se trata de ellos, nada puede parecernos excesivo...

Lisandro hizo un saludo silencioso. Pero al partir oyó la voz aguda de García, que se regocijaba del triunfo :

— La defección de mi adversario no me autoriza á obtener un tesoro por tan pequeña suma. Esa flor vale quinientos pesos. Ahí van...

Y el rumor que provocó el incidente pareció empujar al enamorado hasta la calle, donde estalló en sollozos.

VII

La humillación había sido tan honda que, á pesar de su cariño, Lisandro evitó las ocasiones de encontrarse con Sofía. Pero en un pueblo diminuto, como era por aquel tiempo San José de Flores, la situación no podía durar. Tres días después del incidente se estrecharon la mano en la plaza, alrededor del kiosco de la música. La joven le saludó como de costumbre, y la señora de Granada le reprochó por su alejamiento.

— Parece que se ha olvidado usted de nosotras. Venga á visitarnos cuando quiera. Ya sabe que le estimamos á usted mucho...

Pero Lisandro imaginó cierto dejo de protección en las protestas de amistad. Lanzado por un capricho de la suerte en una sociedad que no era la suya, creía ver á cada instante una alusión y un reproche. Sin aquel amor que había echado raíces y que obstruía el panorama

de su vida, hubiera roto con todos para refugiarse en el estudio y acabar lo más brillantemente posible la carrera que debía darle el prestigio, la riqueza y la libertad. Pero, ¿cómo salir de ese mundo sin renunciar á Sofía? Para estar en contacto con ella era necesario contemporizar y seguir siendo prisionero del engranaje que le desgarraba el corazón.

La música militar atacó una marcha llena de sonoridades victoriosas.

— ¿Quiere usted ayudarnos á buscar un asiento? — dijo la señora de Granada.

Lisandro se inclinó, y los tres se adelantaron por el camino atestado de gente. A poco andar encontraron á García, que iba acompañado de otras señoras, y que se contentó con saludar desde lejos. Pero el enamorado no pudo contener una alusión :

— Puede usted estar orgullosa de lo que hizo en favor de los pobres — dijo dirigiéndose á Sofía. — Fué la rosa que alcanzó el precio más alto...

La de Granada tuvo uno de los movimientos de mal humor que le eran familiares.

— ¿De qué no es capaz un vanidoso para atraer las miradas?...

Y Lisandro, que interpretó la frase como una absolución, dió tregua á sus inquietudes para

hablar de las fiestas de Carnaval, que debían empezar al día siguiente.

Los grandes arcos que atravesaban la calle principal, los mástiles y las guirnaldas que bordeaban las aceras estaban proclamando la proximidad del acontecimiento. Sólo faltaba ajustar los globos de colores sobre los tubos de gas y tender los hilos vistosos de banderas y gallardetes, para que el barrio tomara el aspecto jovial que tanto regocijaba todos los años á la juventud.

Porque el Carnaval era, dentro de aquella vida exuberante, una prestigiosa movilización de turbulentas alegrías. La ingenuidad de las costumbres y el espíritu inquieto y emprendedor de los que veraneaban en el pueblo, había hecho de la fiesta tradicional un torneo brillante en el que predominaba cierta distinción y cierta llaneza de buen tono. Muchos eran los que huían de las mascaradas tumultuosas y del frenesí de Buenos Aires, para buscar un refugio sonriente y halagador en la pequeña aldea estival, que, por otra parte, sabía hacer las cosas con una esplendidez inusitada..

El famoso desfile de carruajes adornados con flores y tripulados por máscaras, duraba desde el atardecer hasta la media noche. Y nada era más encantador que aquel rodar de vehícu-

los interrumpido á trechos por la aparición de sociedades corales que unían sus músicas alegres al clamoreo general bajo una loca trabazón de serpentinas.

— No deje usted de disfrazarse — ordenó Sofia con entusiasmo, — porque las fiestas van á estar este año más hermosas que nunca. Yo tengo ya mi traje de pescadora napolitana. Se lo digo, porque el antifaz da mucho calor, y siempre la reconocen á una por los caballos y por el cochero. Lo esencial es llevar un traje de fantasía... No puedo soportar á esas gentes que se visten en Carnaval como en el resto del año, porque con ellas no sabe una á qué atenerse. ¿Han renunciado al disfraz, ó no se lo quitan nunca?... De manera que vístase usted de cualquier cosa... Ya verá cómo nos vamos á divertir.

Y la risa alegre dió á la frase no sé qué tono de intimidad, que era casi una promesa.

Después de instalarlas en los asientos, Lisandro permaneció de pie dispuesto á retirarse. Pero la señora de Granada no le dejó partir y volvieron á encenderse los diálogos de la fiesta de caridad.

IX

— No es posible que sea una coqueta — murmuraba interiormente nuestro amigo mientras se ponía las enormes botas, cuyas espuelas relucientes brillaban al sol; — pero la quiero tanto, que aunque lo fuera y se burlase de mí, no tendría fuerzas para olvidarla

Y así diciendo, interrumpió el hilo de sus reflexiones para pasar revista al traje que estaba extendido sobre la cama. Aquel no era un disfraz común de gaucho improvisado y advenedizo. Desde el rico « chiripá » y el « poncho » delgado y flexible, hasta el cinturón y el rebenque de cabo de plata, estaban diciendo el lujo y el esplendor de un criollo á la manera antigua. Lisandro examinó los objetos con cierta tristeza en los ojos... Todo había pertenecido á su padre. Lo que iba á darle á él por unas horas una personalidad postiza, había sido llevado en la vida diaria por el coloso in-

domable y sonriente cuya imagen reaparecía tan á menudo en su memoria. Le pareció una profanación... Pero urgía tener disfraz, y sus recursos no le permitían comprar uno digno de figurar en un medio donde todos inventaban las fatasías más costosas... Además, aquel traje era el símbolo de su origen. Vestirlo, equivalía á probar que no se avergonzaba de él. ¿Le habían reprochado la sangre de gaucho que llevaba en las venas? Pues así no tendría solamente la sangre; tendría el traje, los gestos, la voz y hasta la barba hirsuta que le transformaba completamente.

Lisandro se observó en el espejo y rectificó los detalles. Después cogió el facón (1) y lo extrajo lentamente de la vaina. La hoja brilló á la luz de una manera siniestra.

— Este es el símbolo — murmuró pesaroso — de la leyenda que se extingue. El progreso y la emigración han barrido la violencia; y todos hemos evolucionado de tal suerte que apenas queda el recuerdo de la semibarbarie de hace veinte años. Nuestra historia ha cesado de ser el tropel de instintos que desencadenaron nuestros padres, demasiado simplistas y demasiado impetuosos. Aquellos hombres todo gesto,

(1) Largo cuchillo, que es el arma favorita del gaucho.

que obraban por impulso sin cuidarse de la razón y pasaban de una guerra civil á un combate personal, devorados por un ansia confusa de derribar obstáculos, no eran, en definitiva, más que una fuerza inconsciente... ¡ Pero cuán frescos manantiales de sinceridad había en ellos!... La civilización, que nos ha depurado, nos ha empequeñecido...

Y como el crepúsculo comenzaba á diluirlo todo, Lisandro interrumpió sus meditaciones, se aseguró la barba postiza y salió en busca del caballo que había alquilado el día anterior.

X

La calle principal presentaba un aspecto inverosímil. Bajo los arcos de luces de colores hervía una confusión de carruajes llenos de máscaras, que se abrían paso difícilmente entre las dos aceras, obstruídas de curiosos. Un clamoreo confuso subía de aquella multitud nerviosa, sobre la cual llovían las serpentinas desde los balcones. Los griegos, los *pierrots*, los arlequines, las turcas, los toreros, las pastoras y los dominós de toda forma y matiz se interpelaban al pasar en un vértigo de alegrías y de instintos. Parecía que la humanidad, transformada en arco iris de mariposas delirantes, ardía bajo una lluvia multicolor de fantásticas estrellas.

Lisandro reconoció á algunas máscaras por el carruaje. Y cuando vió venir el tálburi de su antiguo compañero de estudios, no pudo resistir al deseo de arriesgar una broma. Su dis-

fraz y su caballo alquilado le daban la seguridad de no ser reconocido.

— ¡Cuánto lujo, amigo Luis! — exclamó imitando el tono tradicional de los gauchos. — ¿Dónde has dejado al compadre que antes te acompañaba siempre?

— Ya sabes lo que es el amor — repuso Luisito, creyendo reconocer á Melián; — Lisandro se supone un dios desde que Sofía Granada se ha dignado reirse de él. Ve á buscarle al Olimpo y le encontrarás en la primer caballeriza, á la derecha...

— ¡Qué bien conoces la topografía! — contestó amargamente el aludido.

Su disfraz interesó á algunos.

— ¡Adiós, tigre! — le gritó un alguacil. — ¡Si te persigue la policía, ven á refugiarte en nuestro coche!

Otros le desafiaron cómicamente :

— ¿Á que no te atreves conmigo, fanfarrón? ¡ Ahí va una estocada de serpentinas!...

Pero el gaucho no tenía ojos más que para buscar á la que él consideraba como su novia. Cuando la pudo descubrir, sintió una emoción extraña. Junto á la victoria, donde sonreían los ojos oscuros de la pescadora de Nápoles, caminaba el caballo de un mosquetero parlanchín que parecía hacerse escuchar. Lisandro dió un

rodeo para aproximarse... La conversación era animadísima... La señora de Granada intervenía á ratos, y celebraba jovialmente las bromas... Alguien gritó :

— ¡Se anuncia el enlace de Graziella con d'Artagnan !

El enamorado no pudo contenerse y se acercó al coche.

— Los que vienen del campo se asombran de todo — dijo, dando carácter á su disfraz ; — por eso me han de perdonar ustedes una pregunta : ¿por qué se detienen los moscones junto á las rosas?...

Las de Granada le examinaron, sin lograr reconocerle, y el mosquetero, sorprendido, se atusó el bigote.

— ¡Rayos y centellas ! — exclamó. — ¡Cuán ingenuos son estos rústicos ! ¡ Si tú mismo ignoras la razón de lo que haces, no puedes esperar que la adivinen otros !...

El gaucho se dirigió entonces á las de Granada :

— No hay que confundir al pastor con las ovejas — replicó ; — aunque nos hagamos los desentendidos, todos sabemos dónde están las moscas, moscones ó mosqueteros...

Sofía se dispuso á desenmascarar al recién llegado.

— ¿Desde cuándo estás por aquí, Moreira?

— Desde esta noche no más... Mi rancho (1) queda muy lejos; pero me dijeron que en Flores se armaba el gran pericón (2) y me largué al galope para tener el orgullo de ofrecerte el brazo...

— No habrás tenido que andar mucho, porque como eres del pueblo...

— Te equivocas, pimpollo; vengo de la Pampa desierta, pero tu fama ha llegado hasta allá... Soy del partido de Trenque-Lauquen.

— Lo pongo en duda, por dos razones...

— ¿Cuáles?

— Porque eres demasiado galante y porque tienes las uñas limpias...

— He tomado lecciones para venirte á ver, que eso y mucho más mereces por tu belleza...

El mosquetero, como todos, había reconocido á Lisandro. En su apuro por interrumpir la conversación, soltó una frase que lo desenmascaró á su vez.

— ¿Han visto ustedes el coche de las de Mangudo? — preguntó disimulando inútilmente la voz; — figura una cesta de legumbres, y los caballos no tienen de tales más que su parecido con las propietarias...

(1) Habitación rústica.

(2) Baile nacional de los gauchos.

Lisandro no tuvo que hacer un gran esfuerzo para descubrir en aquella frase la insolencia de su enemigo. En cuanto á las de Granada, ya sabían ellas á qué atenerse, porque se contentaron con decir :

— Va á echar usted tal fama de murmurador, que aunque se disfrace de turco todos le van á reconocer...

La escaramuza fué interrumpida por un grupo de máscaras que envolvió al coche en una tromba de clamores y de cencerros. Un mono chimpancé se instaló en el pescante. Un diablo y un *pierrrot* se encaramaron sobre los estribos. Y fué tal el tumulto, que los dos jinetes tuvieron que intervenir para libertar á las prisioneras que, entre medrosas y sonrientes, se habían agazapado en un rincón del asiento.

Dado que todos se conocían, nada hubiera sido más lógico que conversar con voz natural. Pero los dos rivales trataron de ignorarse mutuamente y de atenerse al disfraz. El gaucho habló primero.

— Porque uno es del campo y dice las cosas sin maña ni mentiras, ya están creyendo los caballeritos de la ciudad que se lo pueden permitir todo. ¡ Vaya un orgullo, compadre !... ¡ Ni que fuera gobernador !

— No es orgullo — repuso el mosquetero en

el mismo tono, — sino consecuencia del rango de cada cual. Por más llanos que sean, los de arriba tendrán que humillar siempre á los de abajo.

La señora de Granada trató de desviar la conversación, pero Lisandro y García aprovecharon la oportunidad para dar salida á sus resentimientos. Por una coincidencia extraña, los disfraces traducían las situaciones. El gaucho acabó por decir :

— Déjate de latines, que aquí estamos hablando en criollo, y donde asoma Moreira no hay quien se atreva á alzar el gallo... Los holgazanes vanidosos que viven de herencias y recuerdos, no tienen derecho á despreciar á los que trabajan y luchan... ¿Ignoras que lo que llevas sobre los hombros es una cabeza vacía?...

— Siempre se consuelan así los inferiores — repuso ásperamente el mosquetero; — pero eso no impide que desde abajo nos envidien.

— ¿Envidiar?... ¿Qué?... ¿El bozal que lleváis puesto?

— ¡ Calma, calma, respetables mascarones ! — dijo Sofía un tanto inquieta; — no conviene olvidar que ante las damas no hay odio y que nuestras palabras son humo de carnavales...

Pero el mosquetero no quiso dejar aquello sin contestación.

— Los vagabundos de la Pampa protestan — repuso; — aunque á veces se ven obligados á reconocer nuestra superioridad...

— ¿Cuándo?

— Cuando tienen que renunciar á una flor para cedérmola...

La alusión al remate de caridad resonó como un chasquido de látigo.

— El dinero es el mérito de los que no tienen ninguno — declaró Lisandro sin poder contener la ira; — pero en igualdad de condiciones, cuando no se tratara de una venta, sino de un regalo de simpatía, ¿creen acaso los mosqueteros que ocurriría lo mismo?

— No comprendo bien — articuló hosca-mente el adversario.

— Me explicaré con un ejemplo : nuestra divina pescadora napolitana tiene hoy en el corpiño una rosa que se parece mucho á la que yo perdí... Roguémosle que honre con ella á uno de los dos. Así veremos cuál es la distancia que media entre nosotros...

Sofía se echó á reir con el aturdimiento de su edad.

— Me ponen ustedes en un compromiso espantoso — exclamó divertidísima, — porque yo no quisiera ofender á ninguno; pero ya que soy juez, pido un instante de reflexión... Vuel-

van á acercarse al coche dentro de un cuarto de hora, y les diré mi fallo. ¡Adiós, Moreira! ¡Adiós, d'Artagnan!

Los dos jinetes se alejaron en la misma dirección, entre las dos filas de carruajes, desgarrando las serpentinas que les cerraban el paso.

— Tenemos que hablar — declaró Lisandro resueltamente.

— Estoy á sus órdenes — repuso García con sequedad.

Cuando salieron de la fiesta, el gaucho concentró todas sus cóleras en una pregunta :

— ¿Hasta cuándo vamos á continuar así?

— Yo no le reconozco á usted derecho para hablarme en ese tono — contestó García con mal humor; — hago lo que me place, como usted, por su lado, puede hacer lo que le convenga...

Lisandro tuvo que prolongar un esfuerzo para contenerse y afectar un tono tranquilo.

— Son provocaciones inútiles — declaró; — pero como esta situación no puede prolongarse, urge que nos expliquemos : yo quiero de veras á Sofía, usted la corteja sin más fin que pasar el rato; si no existe el propósito definido de molestarme, nada le impide á usted mariposar en otro rumbo...

García sonrió con sorna :

— ¿Y usted cree que yo soy tan dócil?

— No sería docilidad, sería delicadeza...

— No admito lecciones...

— Prométame usted por lo menos una cosa

— concluyó el enamorado, esforzándose por ser conciliante.

— ¿Cuál?

— Que cuando llegue la hora de acercarnos otra vez al coche para ver quién ha ganado, ninguno de los dos tratará de sacar ventaja adelantándose al otro.

— Yo no le prometo á usted nada.

— ¿Entonces, quiere usted la guerra?

— Como usted guste.

— Las consecuencias pueden ser dolorosas.

— Para usted...

— Ó para usted; ¡quién sabe!

El mosquetero se encogió de hombros y se alejó al galope.

El gaucho le siguió, dispuesto á no perderle de vista. Pero un entrevero de máscaras le detuvo. La calle estaba espesa de multitud. Una docena de colombinas y de *pierrots* se cogieron de la mano y le encerraron en un círculo de locura. En vano trató de avanzar. Cuando su caballo se encabritó y abrió un hueco el rival había desaparecido...

XI

Si las niñas coquetas supieran la importancia que puede tener una sonrisa para un corazón de veinte años, tratarían de ser menos pródigas de avances, envites y devaneos. Pero ¿cómo pedir reflexión á las rosas de primavera, que atraen y perfuman obedeciendo á una ley fatal? Cuando asoman entre el follaje y se adelantan al transeunte, ninguna de ellas sospecha lo que duelen las espinas...

Lisandro marchó al azar, tratando de descubrir el coche de las de Granada. El cuarto de hora no había pasado aún, pero algo le decía que era urgente llegar pronto. Una ansiedad febril le devoraba los nervios. ¿Á cuál de los dos iba á elegir Sofía?... Aunque no era posible dudar... ¿Cómo creer en la sinceridad del mudable murmurador? ¿Cómo simpatizar con él? Era imposible... Los quince minutos no los había pedido la pescadora napolitana para

resolver una cosa que ya estaba resuelta, sino para salvar su pudor y no ofender abiertamente á ninguno... El enamorado trató de tranquilizarse... ¿No le había dicho ella misma el día anterior lo que pensaba del vanidoso don Juan? Sin embargo, un presentimiento sutil flotaba en la atmósfera... ¿Cómo hacer para encontrar pronto el carruaje? Mientras él erraba al azar, García se había adelantado, seguramente con su acostumbrada mala fe... Lisandro se empinó sobre los estribos y trató de dominar la calle... Pero sobre aquel mar multicolor que hervía bajo los arcos de gas, flotaba una nube opaca que impedía ver desde lejos... Volvió á perderse en conjeturas... En vano le interpelaban desde los coches. En vano le zaherían las máscaras preguntándole si había enmudecido bajo el disfraz... Sus ojos interrogaron el horizonte con una avidez febril hasta que apareció lo que esperaba.

Entonces tuvo el enamorado una desilusión mortal. Junto á la victoria elegante donde sonreía la pescadora napolitana, el mosquetero contenía el ímpetu de su caballo para inclinarse y poder hablar desde más cerca. La conversación no podía ser más vivaz. Apenas si ambos volvieron los ojos cuando un astrólogo los acosó con sus bromas... El gaucho trató de

acercarse sin ser visto, pero algo le detuvo bruscamente... Su sacudida nerviosa se transmitió á las riendas y la montura se encabritó... Sin embargo, una fuerza sobrenatural le hizo seguir avanzando... Aquello no era posible... Su vista le engañaba... Sofía no podía afrentarle así... La rosa que brillaba sobre la chaqueta de su rival era una ilusión de sus sentidos... Esa flor le estaba destinada. Era suya, porque la había ganado con las palpitaciones de su corazón y con la pureza de sus propósitos. El pobre vencido sintió que le abandonaban las fuerzas ante la odiosa realidad. ¡ Su « novia » le había burlado !... Entonces le acometió un deseo vivísimo de morir para no darse cuenta de lo que ocurría á su alrededor... En ese instante pasó el coche junto á él... Una nube roja le obstruyó la razón... Todos sus atavismos se concentraron en un empuje incontrarrestable. Y sin darse cuenta de lo que hacía, cediendo á un vértigo de fatalidad, se acercó bruscamente al mosquetero y le murmuró al oído :

— Si no es usted un cobarde, sígame.



XII

Cuando se apearon fuera de la fiesta, en una calle solitaria que parecía más oscura á causa del contraste con el derroche de luz de que acababan de salir, el mosquetero preguntó con la ironía de siempre :

— ¿Tiene usted algo nuevo que contar?

El gaucho se acercó pausadamente hasta tocarle casi la ropa, y con los ojos en los ojos, le gritó :

— ¡ Canalla !

Una bofetada resonó en el silencio, y los dos hombres rodaron sobre la tierra húmeda... Fué un relámpago... García, más vigoroso, sacó ventaja y quiso apretar el cuello á su enemigo para rendirlo á discreción bajo la rodilla. Pero la sangre indómita del gaucho se reveló... Casi asfixiado bajo la presión de la mano crispada, hizo un esfuerzo horrible, desnudó el *facón* y lo

hundió hasta el mango en el pecho del mosquetero...

Un extraño estupor reinó en la calle tranquila, á donde llegaba el eco confuso de los clamores de la fiesta.

Lisandro se irguió y prestó oído á una música alegre, cuyas rachas parecían acercarse. Después se inclinó sobre el cuerpo que yacía á sus pies y le arrancó la flor. Sus ojos se fijaron en los del muerto, como si le lanzara un último desafío.

— La primera fué tuya, pero la segunda es mía — silbó entre dientes.

Y abandonando á su suerte á los caballos, que permanecían inmóviles junto á la cerca espinosa, se alejó penosamente á pie, con el cuerpo encorvado, como si llevase el cadáver sobre sus espaldas.

Era la catástrofe final. Disipado el primer vértigo, Lisandro comprendió que su papel estaba concluído. El porvenir que había comenzado á conquistar penosamente con tanta laboriosidad y tanto tesón, se desplomaba en un minuto de cólera. En adelante, sólo había sitio para él entre los malhechores. Sofía y todos los bellos sueños de su juventud se ahogaban en la sangre del que había caído para no levantarse más. Un estremecimiento raro

le culebreó en la espalda... Se observó las manos con inquietud... Tenía los dedos húmedos y teñidos de rojo... ¡Era un asesino! ¡Un asesino vulgar, á quien prenderían quizá dentro de un minuto! Ya no suscitaría el orgullo de su madre, que tan hondos sacrificios se había impuesto por él. Ya no alcanzaría el título de Doctor, que tanto había ambicionado. Una mano de sombra lo barría todo y le empujaba al presidio... ¡Maldito Carnaval! Reputación, amor, porvenir, todo se lo había tragado, como si forjara con lágrimas sus casabeles de alegría...

El disfraz le quemaba la piel... Pero los atavismos del gaucho, ¿estaban en el traje ó en su corazón?...

Su inteligencia y su orgullo le habían hecho saltar una etapa social... Ese era el origen de todos los males... Superior por el espíritu, pero inferior por la fortuna y por la herencia de civilización, se había introducido en un medio que no era el que le convenía. No resultaba suficientemente flexible para vivir en él. Entre su sinceridad imperiosa y los prejuicios que le rodeaban, había habido un choque. Y de él había nacido el crimen...

Todo esto pasó por su imaginación en relámpagos y claroscuros de pesadilla, mientras

erraba por las calles á solas con su delito. De pronto se detuvo... Quería ver á Sofía una vez más, á la distancia, antes de desaparecer... Sus piernas se negaban á sostenerle, pero consiguió llegar hasta la fiesta, que ya iba á terminar. Y desde una esquina, empujado y ceñido por los grupos que se abrían paso bulliciosamente, vió por última vez el carruaje de las de Granada. Su « novia » sonreía como de costumbre, y sobre el estribo del coche peroraba un desconocido.

. Lisandro bajó la cabeza y se alejó lentamente hacia los terraplenes del ferrocarril. Los rieles brillaban bajo la luna como serpentinas de plata, y á lo lejos resplandecían las luces de la estación, adonde se apiñaba una multitud que asaltaba los vagones para regresar á Buenos Aires.

Cuando la locomotora se puso en movimiento, el desesperado se acostó sobre la vía. Con las uñas clavadas en la tierra esperó la arremetida del monstruo, que se fué agrandando, y se precipitó sobre él. Y las máscaras bulliciosas que asomaban la cabeza por las ventanillas, no oyeron el grito del que acababa de suicidarse junto con la leyenda del gaucho, que desaparecía aplastada por la civilización.

EL TIGRE DE MACUZÀ

I

« Confieso que á pesar del calor tórrido que abría grietas en la tierra y aplastaba los llanos bajo un sol de púrpura, la primera sensación que experimenté al llegar á Macuzá fué un gran frío en la espalda.

» ¿Es necesario referir los errores juveniles que empujaron al hijo del colono hasta aquel lejano fortín, último puesto avanzado de la civilización en la Pampa? Baste saber que cuando me condenó el consejo de guerra á abandonar nuestra tranquila guarnición para incorporarme á uno de los pequeños destacamentos que por entonces tenían en jaque la arremetida de los indios, estuve lejos de adivinar que tendría que matar á un hombre.

» Imaginaos (y aquí la voz de nuestro amigo dejó apuntar una emoción contenida), imaginaos, á la manera de una pequeña barca en el mar, bajo el cielo uniformemente azul, en

medio de la llanura sin límites, una mezquina vivienda rústica. En torno de ella se extendía un desierto interminable apenas interrumpido al oeste, bajo la cinta roja del crepúsculo, por un pequeño grupo de árboles que, en la soledad, parecían empujarse de miedo, con las crines en desorden, como caballos que huyen. Contra el muro, sentados en el suelo, á lo largo de una gran raya de sombra, fumaban y bebían *mate* los soldados, medio vestidos, con el kepis echado hacia atrás... Cuatro ó cinco caballos famélicos y huesudos husmeaban la tierra arrancando de raíz los pequeños brotes. Y un cansancio solemne pesaba sobre la comarca salvaje y sobre el grupo hostil...

» Sin embargo, no envidié las ocho jornadas de fatiga que antes de llegar á la primera estación tendrían que soportar otra vez el cabo y los cuatro hombres que me trajeron. Sin emoción los vi desatar el galope monótono de sus monturas y perderse de nuevo en el horizonte envueltos en una nube de polvo.

» — Todo consiste — me dije — en aceptar de lleno la aventura.

» Después de todo esa existencia nueva me reservaba quizá algunas agradables impresiones, sin contar con que seis meses no duran toda la vida.

» Al llegar aquí, permitidme un desahogo íntimo. La noche no es quizá más que la sombra de alguien que pasa, pero en el aniquilamiento de las planicies desiertas, la obscuridad parece á veces un nido de agresiones y el silencio una de las formas de la muerte. No creo mentir si digo que á medida que las tinieblas se fueron apoderando del llano, la esencia de las cosas cambió. Una inquietud creciente se apoderó de mi alma y con ella un deseo febril de examinarlo todo...

» Á juzgar por las conversaciones, los diez indios, mulatos ó mestizos que componían la pequeña guarnición eran simples cuatreros (1) ó malhechores recalcitrantes, que purgaban ahí como en un presidio sus atentados. En sus caras duras de aventureros ávidos de jugar con sus vidas y con las de los demás, sólo asomaban pasiones que contrastaban con la pasividad sin límites de una disciplina brutal.

» Aquella tarde sólo se hablaba de una fiera que visitaba el campamento multiplicando las víctimas. Todos comentaban la muerte del que la noche anterior había desaparecido, como tantos otros, sin que quedaran rastros...

» — Volveremos á encender las hogueras y

(1) Ladrones de caballos.

el tigre se alejará, — declaró el más optimista.

» Pero un perfil se destacaba entre todos : el del sargento Linch, nuestro jefe. Duro, atlético, imperativo, parecía reinar como un Dios sobre el estercolero humano. Sus ojos brillantes de bebedor denunciaban una extraña mezcla de sadismo y de locura y su paso difundía entre aquellos hombres hoscos el encogimiento y el malestar que provoca entre las fieras un animal más fuerte. Porque nada era en verdad más impresionante que esa silueta erguida y provocadora detrás de la cual se arrastraba siempre Zug, un negro de cara bestial que parecía ejercer las funciones de cabo y de asistente á la vez.

» Desde el primer instante pude apreciar la atmósfera de salvajismo y de demencia que reinaba en aquel pequeño puesto perdido donde nunca asomaba un inspector militar. El sargento estaba según parece aquel día más borracho que de costumbre y nos hizo formar en una sola hilera con la carabina al hombro. Una, dos, una, dos... Las marchas y contramarchas se multiplicaron bajo el azote de la voz seca y cortante... Una, dos, una, dos... Hasta que, advirtiendo que un soldado manejaba el arma con cierta lentitud, el jefe se adelantó, ceñudo.

» — ¿Que es eso?

» Conteniendo una queja, el indio enseñó un dedo hinchado y monstruoso.

» — ¿Una picadura de víbora? — exclamó Linch con sorna — no es nada... te la curaré con un sablazo...

» El aludido reculó instintivamente.

» — Tienes miedo — insistió el loco con una risa amenazante — ahora vas á ver... aunque yo estoy indemne. Estas cosas se hacen así...

« Y apoyando la mano izquierda sobre el poste donde ataban los caballos, se amputó uno de sus propios dedos, de un solo golpe, como quien parte una nuez.

» — Después de lo cual — añadió, á guisa de epílogo, — es justo que te den ciento cincuenta palos por cobarde.

» Y mientras en medio de la consternación general anudaba el negro un pedazo de trapo para contener la hemorragia, comprendí la fascinación diabólica que ejercía sobre sus hombres aquel hércules en delirio que jugaba con el dolor.

» ¿Es necesario decir que después del toque de oración, cuando nos echamos á dormir en el campo raso, no pude pegar los ojos? En la noche cálida, bajo la claridad de las hogueras que debían impedir la llegada del tigre, pare-

La errar el silencio como un silbido... Nunca he sido romántico y me burlo de los *pierrrots* ilusos que se cortan la cabeza en la guillotina de la luna, pero una emoción inexplicable me anudó la garganta. No podía olvidar los lamentos del hombre á quien acababan de castigar. Y en medio de tan diversas impresiones, un incidente fútil me atenaceaba el recuerdo sin que yo supiera porqué : la extraña mirada del sargento Linch que, al recibirme, sólo entreabrió la boca para decir en voz baja : — *Entonces somos trece otra vez...*

II

« Mientras todo dormía en torno bajo la noche lúgubre me pareció que de los campos muertos se levantaba, en una lengua de sombra, la silueta del desequilibrado... Primero lo atribuí á un espejismo... El jefe dormía, como dormían todos, sin exceptuar al centinela que cuidaba los caballos... Pero la visión se hizo tan patente que fué imposible dudar... Lynch pasó junto á mí, con una azada y una pala al hombro, rozándome casi... Primero erró lentamente... Después se detuvo, como para despertar á alguien... Una nueva silueta se irguió... Era el negro Zug... Aún me parece ver á los dos hombres. Se volvieron en torno y se alejaron después hacia el pequeño grupo de árboles que se perfilaba á la distancia, bajo la claridad de la luna...

» La maniobra me pareció inexplicable. ¿ En qué podían trabajar á aquellas horas? La curio-

sidad no es á veces más que una mueca del miedo. Sin levantar un rumor, como un reptil, me arrastré por el campo, en la misma dirección, dispuesto á todo.

» Cuando llegó al pie de los árboles, Linch designó un lugar con su mano mutilada envuelta en un pañuelo sanguinolento, el negro empuñó una de las herramientas y ambos empezaron á cavar una hoya con el vigor obstinado de los que desean terminar pronto. La tierra cedía con dificultad... Varias veces se sentaron para enjugarse la frente y respirar un poco... Pero los descansos eran brevísimos. Con una regularidad extraña prolongaron el esfuerzo, sin cambiar una sílaba, como si estuvieran realizando una cosa normal.

» Desde mi escondrijo no era posible distinguir las proporciones del pozo que abrían, pero el movimiento cadencioso de las dos siluetas en la sombra me impresionó...

» Cuando terminaron, el sargento escupió ruidosamente y murmuró al fin :

» — La cama no puede ser mejor y el huésped dormirá como nunca...

» Zug inclinó la cabeza y ambos se adelantaron hacia unas zarzas de donde extrajeron un bulto voluminoso.

» El diálogo me reveló entonces el horror de lo que no podía distinguir claramente.

» — Nunca hubiera creído que *el rengo* fuera tan pesado... — dijo Lynch depositando el cadáver al borde de la fosa.

» — Habrá comido tierra mientras estuvo en el zarzal, — repuso el negro en chanza.

» Hubo un silencio angustioso.

» — No quiero que quede el surco de sangre — murmuró el sargento cogiendo un puñado de tierra y volviendo sobre sus pasos; — es necesario que nadie sospeche lo que ocurre...

» Zug aprobó, silencioso.

» Y mientras borraban las manchas, conversaron:

» — ¿Cuántos van?

» — Nueve con el de hoy...

» — Y todavía no hemos concluido...

» — La culpa es de ellos...

» — ¿Para qué vienen?

» — El tigre tendrá que seguir haciendo desaparecer á los que estorban...

» — ¡Cállate, negro maldito! Son cosas que no se deben decir ni soñando... Quiero que todos lo afirmen... ¿Oyes?...

» Zug tembló como un can y el sargento continuó :

— » Ayúdame á empujar el cuerpo hasta el

hoyo... Así no, estúpido... ¿No ves que va á caer al revés?... Tíralo de las piernas... Uno... dos...

» Casi al mismo tiempo que el ruido lúgubre del que se desplomaba oí otra vez la voz de Linch :

» — Ahora, arroja la tierra con la pala — ordenó; — es necesario acabar... No quiera el diablo que se despierten... Hoy sería más peligroso que nunca...

» — ¿Por qué? — tartamudeó Zug.

» — ¿No ves que somos trece otra vez?

» Un estremecimiento involuntario estuvo á punto de denunciarme.

» — ¿Entonces tendremos que preparar otra cama? — interrogó el negro, apisonando la tierra con sus talones...

» — Caro está — repondió Linch con un halo de bestialidad en los ojos — hasta que nos dejen tranquilos... Cuando vengan varios al mismo tiempo y salvemos la cifra de un salto, todo irá bien... Pero mientras lleguen así... ¿Comprendes?... Siempre será el mismo número... y el último tendrá que desaparecer... Porque hay que evitar una desgracia... ¿Recuerdas lo que pasó hace algún tiempo?...

» — La tormenta que barrió la llanura y nos

dejó sin abrigo y sin caballos? — interrogó Zug estúpidamente.

» Y el sargento confirmó :

» — Voy á resolver el asunto sin tardanza y esta misma noche... ya sabes...

» Entonces comprendí porqué los árboles mismos parecían querer escapar de aquel lugar de maldición.

III

« Lo que acababa de oír era mi sentencia de muerte. Todos los anhelos de mi ser se condensaron en una sola palabra : huir. Pero, ¿cómo? Á pie era imposible y en aquel nido de malhechores que vivían con la idea constante de escapar, el solo hecho de acercarse á un caballo estaba penado con la muerte. Sin embargo, resolví exponerme á todo. Escudado por la sombra, llegué otra vez hasta el minúsculo campamento... Contra todas mis previsiones, el centinela que cuidaba los caballos no dormía. Lynch debía haberle despertado al volver con cuatro latigazos. El instinto vital es tan imperioso, que estuve á punto de desnudar el sable para matar al soldado desconocido. Pero comprendí que era precipitar inútilmente los acontecimientos. Al ruido de la lucha se levantarían todos y Lynch aprovecharía la ocasión

para ejecutarme allí mismo, sin misterio, como un desertor.

» Por otra parte, todo se concertaba contra mí. Un trueno majestuoso estalló á lo lejos y una ráfaga de aire húmedo me azotó la faz. La tormenta venía rodando hacia nosotros. Dentro de algunos minutos zigzaguearían los relámpagos y estallaría la lluvia, desencadenando uno de esos cataclismos tan frecuentes en aquellas regiones donde los elementos salvajes lo arremolinan todo.

» La amenaza difundió la inquietud en el fortín. Mientras los caballos relinchaban lamentablemente y los soldados corrían á refugiarse en la habitación, el sargento, de pie en medio de la llanura, levantó los brazos al cielo como si estuviera dando órdenes á la tormenta.

» Comprendí que se desvanecía la única posibilidad de salvación. ¿Cómo escapar cuando todos estaban despiertos? ¿Gritando á los soldados lo que pasaba? Pero, ¿cómo me iban á creer? Y además, ¿qué podía esperar de aquellos hombres supersticiosos y sanguinarios? Por otra parte, Linch no me permitió pensarlo mucho...

» — Ensilla dos « fletes » — gritó á Zug.

» Y así que estuvieron listos, saltó sobre uno de ellos y me designó el otro.

» — Vamos á explorar los alrededores — ordenó — no quiero que los indios aprovechen la tormenta para atacarnos.

» ¿Cómo no comprender que la maniobra era un pretexto para llevarme campo afuera y desembarazarse de mí? Sin embargo, rebelarse era acabar más pronto. Preferí obedecer dispuesto á defenderme, si podía. Porque mi resistencia al coloso tenía que ser insignificante. Linch era más robusto, más diestro y más valiente. Yo también sentía ante él el soplo de miedo que encorvaba á todo... Sin embargo, esperé el choque con la mano en la empuñadura del sable.

» Recuerdo que nuestros caballos galopaban tan cerca que nos rozábamos las rodillas. Linch pareció ignorar, al principio, mi presencia, ocupado en maldecir contra la tempestad. Estuve á punto de creer que me había olvidado. Pero la inutilidad de la excursión y las coincidencias múltiples decían á voces lo que debía ocurrir. El jefe, seguro de su secreto, esperaba sacrificarme por sorpresa.

» Cuando llegamos ante los árboles, los relámpagos eran enceguecedores y el trueno retumbaba en la soledad como si se derrumbara el cielo. Linch detuvo su caballo y fingió examinar la hierba, donde empezaban á caer, gor-

das como avellanas, las primeras gotas de lluvia.

» — Bájate — me dijo — y mira bien... Me parece que han pasado por aquí...

» Era el momento fatal. Quería que me pusiera de rodillas para ultimarme. Entonces resolví jugar el todo por el todo. Y mientras el monstruo bajaba la cabeza para señalar mejor el lugar, desnudé vertiginosamente el sable y le descargué un golpe en la nuca. Después cerré los ojos para esperar la muerte... Pero á mi gran estupefacción, el coloso había rodado del caballo como se desploma un muro. La herida era mortal... Sin embargo, el vigor de aquel hombre detuvo durante algunos instantes á la muerte misma. Con un empuje prodigioso, se revolvió en el suelo y me descerrajó dos tiros. Las balas pasaron rozándome la cara. Pero la tensión no podía prolongarse. En un desmoronamiento de todas sus energías, el tigre de Macuzá se desperezó en la tierra y expiró...

» Entonces, bajo la lluvia torrencial, con los cabellos erizados y con el sable desnudo todavía, como si combatiera con el recuerdo, lancé mi caballo á la carrera, enloquecido y atónito. Y aquí me tenéis, después de muchos trances y aventuras, en Europa, desde hace diez años.

Pero la imagen del sargento Lynch me persigue todavía... »

Y nuestro amigo se pasó la mano por los ojos, como si quisiera desgarrar una visión siniestra.

LOS POBRES VIEJOS

I

Cuando empezó á conmoverse la atmósfera los dos hombres estaban sentados en la mezquina terraza cubierta, desde donde se dominaba el valle y las casas minúsculas de la pequeña población.

El comandante Manrique se había instalado allí en compañía del invitado para saborear mejor el *mate* y evocar los recuerdos de la lejana juventud. ¡Cómo cambiaba la existencia! Se conocieron hacía treinta años, cuando ambos buscaban ruta, disiparon juntos buena parte de la juventud y la vida les separó después como se dividen las aguas en el delta de los ríos. Don Pedro salió campo afuera á entregarse á las industrias rurales que le dieron el bienestar. Su risa franca, su *chiripá* negro y su cinturón duro de billetes de banco, estaban diciendo á voces su fortuna. Manrique, más ambicioso, se aventuró en la política, al

servicio de un caudillo grandilocuente que le arrinconó después del fracaso en una jefatura de la policía provincial. Había que resignarse á todo... Pero las diferencias de situación no significaban nada. Los viejos amigos reconfortados al encontrarse de nuevo después de una dura separación se refirieron fraternalmente los detalles de sus vidas áridas que se alargaban al margen de las ciudades populosas en un ambiente de soledad y de violencia.

Ña Petrona interrumpió el diálogo.

— ¡Manrique! — gritó desde el fondo del corredor.

— ¿Qué hay? — gruñó el comandante sin abandonar su asiento.

— ¡Que vengas un minuto! ¡que te tengo que hablar!...

Manrique se impacientó.

— Para un amigo viejo no hay escondrijos...

Ña Petrona surgió entonces, desgreñada y con los ojos brillantes, como si acabara de sufrir una conmoción íntima. Al verla, el comandante lo adivinó todo.

— ¿Locuras de Felipe? ¿Verdad? — interrogó mordiéndose el bigote — ¿qué nueva infamia ha cometido ese infeliz?

Ña Petrona se echó á llorar y contó la escena entre sollozos.



— Ya sabes lo que es nuestro hijo... Sus parrandas... Sus intrigas... Quizá él no tiene la culpa... Pero siempre necesita dinero... Ahora vino, y me pidió más de lo que yo tenía... Era urgente... Le esperaban los suyos... Una fiesta no recuerdo donde... ¡ Vaya a uno á saber !... Y como le dije que no era posible... Ya le conoces... es una pólvora... Se enfureció... repitiendo una cantidad de amenazas... Que no merecíamos ser sus padres... y que puesto que nada hacíamos por él no tendríamos que quejarnos si había una desgracia... ¡ Una desgracia !... Las malas razones de siempre... Si no me dan lo que pido, robo... Y es por eso que te llamaba... ¡ Me da miedo nuestro hijo !... ¡ Nuestro pobre hijo !...

Manrique lanzó los juramentos de rigor y esbozó un gesto de amenaza :

— ¡ Maldito calavera ! ¡ Que venga en seguida ! ¡ Yo le voy á enseñar !...

— Ya se fué... — murmuró dulcemente *ña* Petrona.

Y los tres viejos estrecharon el círculo mientras la tempestad se acumulaba en el confín formando una gran nube espesa que avanzaba como un mar...

II

Hubo un momento en que sólo brilló un resplandor difuso en el lugar donde debía estar el sol. La tormenta avanzaba cabalgando sobre la noche. Se hubiera dicho que un ejército de sombra ponía sitio cautelosamente á la aldea. Los truenos tenían lejanas solemnidades de derrumbes y los relámpagos, indecisos aún, temblaban detrás del tul gris con una persistente ondulación de líneas rotas... De pronto cundió un gran silencio de expectativa. Las nubes se inmovilizaron, la brisa cesó, los hombres mismos parecieron sentir la angustia de lo que se acercaba y un rayo victorioso rasgó el paisaje y se clavó á lo lejos como una horquilla enorme sobre un gran haz de paja. Entonces, cual si fuera una señal se desencadenaron en tumulto todas las fuerzas... Bajo los monstruosos chorros de luz se encendió una claridad que abarcó la mitad del horizonte. El

viento furioso dobló los troncos de los árboles. Y al conjuro de un trueno inconcebible que hizo temblar los vidrios como si se partiera la tierra en dos, empezaron á caer las primeras gotas grandes y pesadas que descargaban la atmósfera y anunciaban el temporal.

— Tenemos lluvia para mucho tiempo — murmuró Manrique retirando su silla para evitar el agua que le salpicaba los pies á pesar del techo inclinado.

Don Pedro se levantó á su vez. El caballo había quedado al fondo de la propiedad, junto á los árboles de la quinta.

— Voy á ponerlo bajo techo — dijo, haciendo resonar las espuelas sobre los ladrillos relucientes.

Manrique volvió entonces los ojos á su mujer.

— Felipe te ha levantado la mano, ¿verdad? — interrogó en voz baja.

— ¿Por qué me preguntas eso?

— Felipe te ha pegado... Dímelo...

— Te aseguro que no...

La madre defendía al hijo á pesar de todo.

Pero el comandante descubrió una marca en el brazo desnudo y dió libre salida á su cólera. Semejante canalla no tenía perdón de Dios. ¡Golpear á su madre! Y ¿ese era el Felipe

que hace diez años jugaba en la casa y se sentaba sobre las rodillas?

Manrique se enjugó los ojos con la manga del uniforme.

— ¡Maldita sea la suerte!

Ña Petrona escondió la cara en el delantal.

Y ambos se sintieron más unidos que nunca, porque les acercaba el dolor.

Después de un silencio largo Manrique pareció despertar y se asombró de no ver allí á su amigo.

— ¡Pedro! — gritó, bordeando la casa en dirección á la huerta.

Y como nadie contestara.

— Se habrá refugiado en la caballeriza; — murmuró, — ¡con este tiempo!

La lluvia continuaba zumbando con una violencia loca. Los dardos oblicuos parecían clavarse en la tierra formando una trabazón brillante bajo la cual temblaban las hojas en medio de un ruido ensordecedor de cascada.

Manrique se lanzó á pesar de todo. Acababa de descubrir á lo lejos el caballo. ¿Cómo dejaba don Pedro que el animal continuase bajo la lluvia si había salido precisamente para ponerlo al abrigo? ¿Por qué no contestaba? La inquietud le hizo olvidarlo todo. Había que aclarar las cosas... Sus hábitos de rastreador

le indujeron á conjeturar algo anormal... De pronto se detuvo. Á pesar de la obscuridad creciente acababa de descubrir entre el barro el cinturón de don Pedro. ¡Estaba vacío!

El comandante tembló al comprender que sus suposiciones eran fundadas... ¿Cómo se había atrevido un malhechor á entrar hasta allí?... Conteniendo la emoción, siguió explorando la quinta... El agua había borrado las huellas... Pero en las zarzas que crecían al fondo entre las espinas y las hojas que chorreaban bajo la lluvia implacable, descubrió, casi al tanteo, un cuerpo rígido... Manrique encendió una pajuela y examinó la herida que atravesaba la espalda... Después miró de cerca el terreno para descubrir un indicio...

— ¡Porque yo te vengaré! — juró extendiendo la mano sobre el cadáver — para algo me ha de servir el puesto que ocupó... Ahora mismo voy á buscar á mis hombres...

Pero un estremecimiento le cortó la palabra... Se pasó la mano por los párpados como si quisiera ver mejor... A sus pies brillaba un arma conocida...

— Fe... li... pe... — articuló, consternado.

Y sintiendo que le faltaban las fuerzas, se arrastró hacia la casa como si acabara de ser herido mortalmente también.

III

Muy de mañana, casi con las primeras luces de la aurora, se llevó á cabo la reconstitución del crimen. Como ocurre á menudo, el malhechor había sido apresado aquella misma noche, por casualidad, á raíz de una disputa, en un baile mal frecuentado donde hacía gastos locos. Al conducirlo á la comisaría, le vieron las manchas de sangre y el fajo de billetes... El destino se encargaba de vengar así al muerto que dormía rodeado de luces en una habitación de casa del comandante. Porque, como un desagravio á la memoria del amigo, Manrique había ordenado que se le velase allí.

Los que asistieron á la lúgubre ceremonia dicen que cuando Felipe atravesó el patio de su casa entre dos gendarmes, vieron unas siluetas que sollozaban detrás de los vidrios y oyeron la voz de los dos seres casi exánimes que

en el aniquilamiento de la suprema angustia sólo encontraban fuerza para decir :

— Y ahora, ¿qué hacemos, vieja?

— Ya lo ves... llorar...

TOTOTA

I

Lejos de nosotros la fantasía de afirmar que Buenos Aires era hace veinte años una aldea. La gran ciudad futura brillaba ya en sus múltiples manifestaciones. Pero no cabe negar que por aquel tiempo subsistían ciertas modalidades del coloniaje. Sobre todo en lo que se refiere á la religión. La alta sociedad había dado á sus genuflexiones una forma dominadora y el pueblo se iba desinteresando cada vez más de las cosas del culto, pero la inmensa mayoría de la gente acomodada se obstinaba en prolongar las costumbres caducas. En las casas modestas, de un solo piso, que se alineaban sin fin á lo largo de las calles mal empedradas, todo estaba subordinado á la iglesia. El sermón, las vísperas, los maitines, el rosario, el ayuno, la adoración y las misas robaban á las mujeres la mayor parte del tiempo. Y si algunas horas quedaban, eran para confeccionar casullas, bordar

manteles sagrados, preparar « nacimientos » y comentar, detrás de las persianas traidoras que permitían ver sin ser visto, las querellas del vecindario, el traje de los transeuntes ó los inocentes amoríos de las niñas que, burlando la vigilancia de los suyos, se escapaban hasta la puerta para recibir una flor.

En esa atmósfera primitiva vivían « las de Pedriel » como se las llamaba en la parroquia de Monserrat, donde nadie gozaba de mejor reputación que ellas. Las gentes aplaudían el buen acuerdo con que las tres solteronas se mantenían unidas á una edad en que todos se vuelven agrios y descontentadizos. Porque las de Pedriel habían salvado el límite de los cincuenta. Al verlas eternamente de luto, con el traje de merino y el mantón negro plegado bajo la barba, se hubiera dicho que nunca conocieron la juventud. Sólo la menor había tenido, en tiempos del tirano Rozas, un noviazgo pueril con un médico poeta que murió combatiendo contra los unitarios. Las otras dos vivieron siempre para el culto, en un ambiente de orden y de sobriedad conventual. Los sillones de reps, las alfombras grises y los braseros de bronce se eternizaban bajo el plumero previsor de una negra que había visto nacer á las « niñas » y las servía aún á pesar de sus setenta años.



La única pincelada alegre en aquel medio adusto, era la cara de la sobrinita, que había venido á vivir allí después de la muerte de su padre, un coronel decidor y mujeriego que no parecía hermano de las de Pedriel. Carlota, á quien llamaban Totota porque así pronunciaba ella su nombre cuando tenía dos años, era una muchacha delgada y flexible en cuyos ojos oscuros se reflejaba el sol. Aunque vestía de luto á imitación de sus tías, se adivinaba que lo terrenal le inquietaba casi tanto como lo divino. Y así lo probó en una circunstancia memorable, cuando exigió su primer sombrero.

Fué tal el asombro que causó en la casa la idea insurreccional, que nadie se atrevió á abrir la boca. Doña Felisa, cuyas opiniones eran leyes, se contentó con hacer la señal de la cruz. Pero la chicuela tenía diez y siete años y su insistencia lo fué horadando todo... Las de Cortil, que eran primas de un obispo, ya habían abandonado el mantón... ¿Qué hombre más honorable que el Doctor Funes, presidente de la Asociación Católica? Sin embargo, sus hijas no llevaban más que sombreros... Todo el mundo se empezaba á vestir á la moderna... La calle Florida y la de la Victoria estaban llenas de escaparates tentadores... Claro está que Totota no quería llamar la atención. Un sombrero oscuro

y modestísimo le bastaría... Pero que le quitaran, por Dios, aquellos trapos que le hacían arder la cabeza...

Hasta que, en aras de la paz, y después de debates prolijos, se decidieron las de Pedriel comprar una especie de platito gris con una flor azul en la cima y una pluma microscópica que partía de un costado y se elevaba á cinco centímetros sobre el nivel de la cabellera. ¡Qué horror de sombrero el de Totota! De haberlo visto, las niñas elegantes que lucen hoy las últimas audacias de París se hubieran desmayado de risa. La minuciosidad y la timidez de aquellas gentes inexpertas sólo había juzgado correcto lo que tenía que resultar mezquino. Sin embargo, Totota fué feliz, plenamente feliz... hasta que advirtió que el sombrero se iba poniendo cada vez más mocho, porque la tía, implacable y temerosa del escándalo, venía por las noches cautelosamente y le recortaba más y más la pluma.

II

Todo esto lo sabía el novio, Julio Mario Peñaranda. Porque por más austera que sea la vida siempre encuentra una muchacha joven la manera de gustar, de hacérselo decir y de establecer una comunicación con quien la corteja. Pero las relaciones no podían ser más puras. Si se hablaban á veces por la ventana, si se escribían cartas larguísimas y si al salir ó entrar á la iglesia se estrechaban furtivamente la mano, era porque no podían encontrarse legalmente en la sala de las de Pedriel. ¿Cómo iban á consentir éstas en un casamiento con el hijo de un masón notorio que dirigía una logia y se había hecho célebre por sus opiniones impías? Entre una familia tradicional y la de aquel abogadillo politiquero había diferencias insalvables... Digamos, en honor de la verdad, que los enamorados no las advertían entre ellos. Pero esas incompatibili-

dades debían existir, puesto que las tres tías se santiguaron á un tiempo la única vez que Totota se atrevió á formular un comentario sobre el galán que pasaba todas las tardes de cinco á seis para ver brillar unos ojos detrás de la ventana. « Ese no es el marido que conviene », había dictaminado Petra que, en su calidad de menor y por haber estado de novia, hablaba con más autoridad de esos asuntos. Ellas le buscarían el partido que necesitaba, un hombre formal y buen creyente, tranquilo y respetado, como Don Jacobo...

— ¡ Vaya un casamiento ! — se decía á menudo á solas Totota. — ¡ Unirme á un viudo calvo que se queja de reumatismo y se viste como un sacristán

Y junto á la visión del infeliz, se erguía la silueta prestigiosa de Julio, que se atusaba el bigote naciente mientras jugaba con el bastón.

Aquella tarde — porque esta historia ha sido vivida y es preferible que sigamos punto por punto los acontecimientos, — aquella tarde recibió Totota por el buzón habitual (un agujero microscópico en el vidrio de una ventana) un billete conminatorio y dramático. El enamorado estaba dispuesto á todo. Conocía los proyectos de las de Pedriel y si « el sacristán »

volvía á pisar la casa armaría un escándalo. La situación resultaba insostenible. Lo mejor era doblar la resistencia de las tías. Había que arremeter resueltamente y confesarlo todo para hacer posible el casamiento y acabar con las inquietudes. Totota debía exigir que la familia aceptase á su novio como pretendiente oficial hasta que se decidiera la ceremonia. Si el conflicto no se resolvía así, él no respondía de nada. Cegado por los celos, era capaz de cometer una locura...

La eterna tragedia de la juventud se planteaba en los corazones una vez más... Vistos desde lejos, los humanos nos parecen á menudo títeres inconsistentes que gesticulan en pantomimas absurdas. Pero detengámonos un instante, inclinémonos sobre los diminutos actores que nos hacen sonreír y nos sentiremos arrebatados en la racha de sus sollozos al comprender cómo crujen los resortes interiores y cómo sangran los pechos bajo la presión de angustias que, consideradas fríamente, resultan una ilusión.

Totota lloró con la sinceridad de sus diez y ocho años. No era posible contestar á Julio que no podía casarse con él. Los más supremos empujes de su alma la llevaban á considerar aquella unión como la única forma de la di-

cha. Pero, ¿cómo afrontar la lucha con los suyos? ¿Cómo descubrir sus tretas en medio de la estupefacción general? ¿Cómo rebelarse, en fin, contra todo lo que la mantenía en la sombra del acatamiento y del deber?... Si no escuchaba el pedido de Julio, éste iba á creer que ella contemporalizaba con don Jacobo y sabe Dios lo que podía pasar. La carta lo decía bien claro. Era capaz de hacer una locura. Pero si, quemando las naves, desafiaba las cóleras de Doña Felisa, ¿no era acaso posible que la enclaustraran para protegerla de lo que ellas creían su perdición? ¿Qué hacer en el conflicto? ¿Como orientarse?... Totota cayó de hinojos ante una santa que desde un marco de oro viejo parecía extender su indulgencia sobre la juventud. Sus pobres manos se unieron pidiendo ayuda... Y una inspiración infantil detuvo el llanto en los ojos... ¡Estaba salvada! Todo se reducía á escribir lo que no era posible solicitar de viva voz. ¡Cómo no se le había ocurrido antes!... Totota se sentó ante una vetusta mesa escritorio sobre la cual se alineaban contra el muro un libro de misa, una estatua de San Agustín y un retrato de su padre. La pluma corrió sobre el papel como una liebre... ¡Qué fácil era escribir! Así se sentía capaz de decirlo todo. ¡Y cómo se multiplicaba la elocuen-

cia! ¡ Aquello era un portento!... Ahora sólo faltaba aprovechar el instante oportuno para entrar al dormitorio de doña Felisa y dejar el billete sobre el velador. La Virgen haría lo demás...

III

El amanecer del día siguiente tuvo una obscuridad de tormenta. Las tres hermanas se levantaron más temprano que de costumbre. En los ojos se leía la tortura de no dormir. Se hablaban en síntesis. Los gestos eran cautelosos, como si hubiera un enfermo grave. También es verdad que el asunto resultaba transcendental. Se sentían responsables del porvenir de aquella niña á quien todas adoraban con el cariño áspero y opresor de la soltera. Aquello era un terremoto, un juicio final que las enloquecía. Porque las de Pedriel, bajo sus apariencias hoscas, no podían ser más sensibles. La idea de equivocarse y cometer sin saberlo una mala acción las llenaba de angustia. ¿Cuál era la actitud que debían adoptar? ¿Cómo convenía encarar el asunto? Doña Felisa se enjugaba los párpados sin saber qué proponer y sus hermanas, acostumbradas á esperarlo todo

de ella, la seguían con recogimiento, sin atravesarse á pronunciar una sílaba. Petrona fué la primera que entreabrió los labios. Lo mejor era pedir consejo al confesor. Pero doña Felisa se encogió de hombros ante el consejo inútil. ¿No sabían todos que el padre Enrique estaba enfermo desde hacía una semana? De no ser así, ya hubiera corrido á exponerle el caso. Pero ¿quién se atrevía á forzar la puerta del venerable sacerdote que se hallaba á punto de entregar su alma al Creador? En cuanto á confesarse con otro cura, no era cosa de resolverse así no más. Las iglesias estaban atestadas de liberalotes y « conciliantes » que sólo atendían á absolver para acabar pronto. Por otra parte, para que un nuevo confesor estuviera en condiciones de juzgar, era necesario referirle toda la historia de los Pedriel. Y ya se sabía cómo obraban los nuevos ministros del Señor. Las épocas habían cambiado y con raras excepciones la confesión estaba un manos de jovenzuelos expeditivos y doctos que escuchaban distraídamente y fallaban en un minuto.

— ¡ Si yo consiguiera ver al Padre Jacinto — exclamó doña Felisa, iluminada por una revelación brusca.

El nombre del predicador célebre resonó como

un campanazo gigantesco en la habitación donde departían las tres hermanas.

— ¡El padre Jacinto! — repitió Rufina en éxtasis.

¡Ese sí era un confesor! Los que habían logrado postrarse ante él decían que nunca se hallaban las almas tan cerca de la divinidad. ¡Cuántas existencias habían sido transformadas así! Se citaban casos portentosos... ¡Pero qué difícil era hablar con el padre Jacinto! La preparación de sus sermones le absorbía la mayor parte del tiempo. Su modestia le cerraba las puertas de la sociedad. No visitaba á nadie. Y en su casa no se le encontraba nunca, porque en las horas libres siempre andaba de iglesia en convento y de escuela en hospital, consolando á los afligidos. Sólo una ocasión inesperada...

— Á menos de que me resuelva y le escriba — declaró la mayor de las de Pedriel recuperando su decisión habitual.

Y como sus hermanas aprobaran, doña Felisa se caló los anteojos y, con grandes precauciones, porque se trataba de un documento difícil, empezó á caligrafiar un « Reverendo Padre »... digno de inspirar confianza.

Demás está decir que Totota observaba desde el amanecer los gestos de sus parientas. Con-

tra todas sus previsiones, no le habían dicho una palabra. Pero ese mutismo era un presagio doloroso que le hacía seguir con mayor ansiedad los conciliábulos. Quería tener á Julio al corriente de los sucesos. El amor le hacía ver en aquel simple muchacho audaz, una especie de Hércules invencible. De suerte, que así que tuvo conocimiento de la resolución de doña Felisa, se apresuró á encerrarse en su dormitorio para escribir á su vez.

Como la carta existe entre mis papeles y como no está demás probar la autenticidad de la historia, la comunicaré al lector :

« Vertiginosamente, porque no hay manera de estar un instante sola en esta casa revuelta y conmovida por mi audacia de ayer, te escribo cuatro letras para calmar la incertidumbre y la emoción que aumenta dentro de mí. No sé lo que va á pasar. Las pobres tías están sufriendo quizá tanto como yo. Me da pena verlas. Pero no es posible impedirlo, porque de ello depende nuestra felicidad. Cuando estemos casados, las pagaré en ternura sus dolores. Todavía no me han dicho nada... Nada... Pero he oído los diálogos... Quieren consultar al padre Jacinto... ¿Te acuerdas?... El que predicaba hace ocho meses cuando nos vimos por la primera vez. Pero parece que es muy di-

ficil... Mi tía le ha escrito rogándole en nombre de la religión que venga á confesarla mañana temprano á la iglesia de Monserrat ó que le diga dónde le puede ver... Pero ella misma comprende que pide demasiado... Si el santo hombre no acude, no sé lo que van á resolver... Quizá algo terrible para nosotros... No te imaginas cómo tiemblo. Escríbeme. Necesito que me reconfortes por que ya no me quedan lágrimas. »

Totota enrolló el papel hasta transformarlo en una especie de cigarrillo microscópico. Después miró el reloj. ¡Las once! Julio pasaba siempre á aquella hora. No había tiempo que perder... En cuatro saltos estuvo junto á la ventana. Y así que asomó el galán, el billete atravesó el vidrio como una flecha.

Media hora después se repitió la maniobra. Pero esta vez la carta vino del exterior. Leamos por encima del hombro de la señorita de Pedriel :

« Sin saberlo me has sugerido la intriga que debe salvarnos. Quizá mañana cambien las cosas. No te lo puedo afirmar, pero me parece que triunfaremos. Voy á arriesgarlo todo. Ten confianza en mí. »

IV

Lo que acabamos de contar ocurría un viernes, « día de inquietudes y presagios ». Yo no he sabido nunca por qué puede ser un viernes más propicio para la desgracia que un domingo ó que un lunes... Aunque deseo firmemente que los hechos se decidan á dar la razón á los supersticiosos. Porque si el mal elige las fechas para detener el vuelo, todas las catástrofes se acumularán en horas determinadas y nada será más fácil que herirlas de muerte antes de que se produzcan... Pero no nos dejemos seducir por digresiones fútiles. No es justo que mientras otros vibran alrededor de un drama, nos entretengamos nosotros en examinar suposiciones que poco tienen que ver con lo que nos inquieta. Volvamos á la verdad y á nuestra historia.

El sábado, al alba, cuando aún ardían algunas luces en la calle, Julio Mario Peñaranda

subió precipitadamente la escalera que conduce á la iglesia de Monserrat. Sobre las sillas vacías y los altares oscuros reinaba un recogimiento lúgubre. Dos ó tres devotas dormitaban esperando la primer misa. Y una solemnidad glacial flotaba en el aire cargado de incienso y de vapores húmedos.

El enamorado atravesó las naves y se adelantó resueltamente hacia un monaguillo vivaracho que estaba extendiendo una alfombra á la puerta de la sacristía.

— ¿Quiénes son los confesores que deben venir hoy?

— No habrá más que uno...

— Y se llama...

— El padre Gonzalo — respondió el rapaz un tanto inquieto ante el aplomo del joven.

Julio adivinó lo que ocurría y le deslizó un billete.

— ¿Y á qué hora va á llegar?

El monaguillo señaló al pie del púlpito un confesonario á cuya puerta pendía un pequeño aviso : « P. Gonzalo, de 7 á 10. »

— Perfectamente — declaró el novio de Totota; — ahora sólo falta que me ayudes á cumplir una orden...

— ¿Una orden de quién?

— Del Arzobispo.

— ¡Demonio! — exclamó el muchacho á pesar de la solemnidad del lugar.

— Una orden del Arzobispo — repitió Julio muy serio; — pero es necesario que te calles la boca y hagas cuanto te voy á decir... Te ganarás otro billete...

— Siempre que sea posible...

— ¡Vaya si es posible! Óyeme bien...

— Diga...

— ¿Conoces al Padre Jacinto?

El monaguillo hizo un gesto de protesta.

— ¿Cómo no le he de conocer? — repuso. — Ha predicado aquí hace diez días. Aún me duelen los pisotones que me gané por oírle... La iglesia estaba de gente hasta la calle... Y como desde el altar mayor no se oía bien, nos escurrimos con *el ñato* y con Pedro hasta las primeras columnas... ¡Qué calor!... ¡Qué protestas!... Pero no nos pesó... ¿Verdad que nunca se ha visto cosa igual?... Ese padre tiene que ser un santo. ¿No le parece á usted?...

— Naturalmente — interrumpió Julio con enojo; — pero lo que nos ocupa ahora es otra cosa...

— ¿Qué cosa?

— Lo que te venía diciendo, ¿te acuerdas?

— ¡Cómo no me he de acordar!

— ¿Me prometes ser reservado?

— Ya dije que sí...

— Entonces te confiaré un secreto...

— Venga...

— El P. Jacinto estará aquí dentro de pocos minutos.

— ¡El P. Jacinto va á venir! — gritó el monago, maravillado, — corro á decírselo al señor cura y vuelvo en seguida...

— No le digas nada; — murmuró Julio deteniéndole, — es una sorpresa. Ya lo sabrás después. Lo que urge es otra cosa...

— ¿Cuál?

— Que me comprendas bien y no hagas ninguna tontería. Si el Arzobispo llega á convenirse de que has sido indiscreto no te lo perdonará jamás...

— Y ¿qué es lo que hago?

— ¿Conoces á Doña Felisa Pedriel?

— Naturalmente. Nadie se arrodilla más á menudo. Sin contar con que todos los lunes encarga una misa y me da cincuenta centavos en un billetito nuevo...

— Entonces me comprenderás fácilmente. Doña Felisa va á venir á confesarse con el P. Jacinto. Pero no quiere que nadie la vea... Ya adivinas las razones... Si se corre la voz, todas las devotas que están aquí pedirán ser con-

fesadas también por el predicador insigne, y como éste no tiene tiempo...

— ¡Qué ha de tener! ¡Si dicen que para preparar los sermones se pasa las noches sin dormir!

— Y ha de ser verdad — repuso Julio más tranquilo al ver que todo iba saliendo á pedir de boca, — de manera que vas á ayudarnos para que lo dejen en paz al P. Jacinto.

— ¿Cómo?

— Apostándote en el atrio de manera que no te descubran. Al ilustre dominico no lo verás entrar seguramente, porque ha de pasar por otra puerta. Pero en cuanto asome la señora de Pedriel te adelantas y le dices que el P. Jacinto la está esperando en el primer confesonario á la derecha. En el primero á la decha. ¿Has oído?

Y mientras el muchacho se dirigía hacia la calle, Julio se deslizó entre las columnas, abrió la puerta de la casilla de cedro y la cerró tras sí.

— Ahora vamos á ver — murmuró corriendo las cortinillas — si ganamos esta batalla también. ¡Si supiera el P. Jacinto que voy á usurpar su nombre! El procedimiento no resulta muy delicado; pero ¿qué es lo que no justifica el amor?

V

Todo debió ocurrir como el enamorado lo tenía previsto, porque cuando Doña Felisa volvió á su casa brillaba en sus ojos una luz nueva... Las perspectivas interiores se transforman como los paisajes que nos fingen las nubes. El lector ha asistido desde un balcón ó desde una cima al hervidero de un crepúsculo y sabe que el horizonte puede cambiar sin que nada oscile dentro de él... Los ojos no se han apartado de un punto, juramos que nada se ha movido y, sin embargo, los castillos se metamorfosean en montañas y las estepas en mares inmensos. Lo mismo ocurre dentro del corazón. Las situaciones y los conflictos no tienen fisonomía. Afectan la forma ó el color que les da la momentánea orientación de la luz y son, sin cambiar de esencia, tantas veces diferentes como resultan distintos los estados de alma en que nos encontramos. Por eso es por

lo que las tragedias de los hombres dejan como un secreto fulgor de dolorosa ironía. Los goces ó las lágrimas que nos agrietan nacen más de la ilusión que de la realidad. No están en los hechos, sino en el fondo de nosotros mismos.

Las tres hermanas se agruparon en el comedor y la que llegaba de la iglesia, ahogada después de tan múltiples emociones, dió rienda libre á su entusiasmo. Aquello había sido un despertar. Sólo un santo como el P. Joaquín podía considerar las cosas desde esa altura. Así debían ser los confesores, así se iluminaban las almas...

Y como Petra y Rufina la interrogaron á un tiempo, ansiosas, Doña Felisa lo condensó todo en una frase :

— Totota se casará con el masón.

Á pesar de su pasividad habitual las dos hermanas no pudieron contener un movimiento de asombro.

Pero la buena señora tuvo una mueca indulgente. También se había sublevado ella cuando el padre Jacinto le indicó por la primera vez esa solución. Á pesar de las penitencias constantes, ninguna de las tres estaba aún suficientemente cerca del creador para poder orientarse sola. Pero con un guía como aquél se aclaraba el camino...

— Nuestro deber — dijo Doña Felisa, condensando los argumentos que acababa de oír — es velar por la salvación de nuestra alma y por la pureza de la criatura que el destino nos ha confiado. ¿Cómo conseguirlo? Si Totota no se hubiera dejado contaminar por la fiebre de los tiempos que corren, lo mejor hubiera sido ofrecerla en holocausto al Señor y hacerla entrar en alguna de las órdenes religiosas que rescatan con sus oraciones la impiedad y los pecados del mundo. Pero la niña renunciaba á tan altos destinos y la iglesia no podía aceptar más que los votos voluntarios. Quizá tenían ellas alguna responsabilidad en esa falta de sometimiento... Habían sido débiles... Y era tarde para reaccionar... Totota quería perseguir las vanas pompas del mundo... Lo único que podían hacer era atenuar el golpe... Pero aquí asomaba la dificultad... Como la taimada se oponía á un casamiento dignísimo como el proyectado con don Jacobo sólo quedaban dos caminos... Negarse al noviazgo con Julio y encerrar á Totota, exponiéndose á todos los peligros del amor contrariado; ó aceptar al intruso para evitar males mayores... y hacer todo lo posible por alejar á aquel hombre de la senda que le conducía á la perdición de su alma... Un cristiano debe tender á la paz y

no á la discordia. Quizá les deparaba el cielo la misión de salvar aquella vida descarriada y de volver á traerla al redil sagrado del Señor. Quizá por medio de Julio podrían detener las culpables empresas del padre y combatir á los masones en el seno mismo de la familia de uno de sus jefes. Los designios de Dios son incomprensibles para nosotros y á las modestísimas señoras de Pedriel les correspondería acaso la gloria de hacer que Julio y su padre abjurasen al fin de sus errores para volver á postrarse, con el alma llena de claridad á los pies de la cruz.

Petra y Rufina levantaron los ojos con arro- bamiento. Las cegaba la subiduría, y la magnificencia del P. Jacinto. Aquellas frases parecían bajar directamente del cielo... Y como no había que perder un minuto, en el entusiasmo del sacrificio y del deber, las tres hermanas se precipitaron al encuentro de Totota para comunicarle la decisión entre un torrente de lágrimas.

La juventud había triunfado. Pero ¡cuánta frescura y cuánta honradez había en la ingenuidad de aquellas pobres almas prisioneras de una moral en ruinas que se desplomaba al soplo de los vientos! No era posible dejar de hacer, por encima de las burlas, una genuflexión

ante la sana inquietud de esos seres temerosos del mal, á través de cuyas preocupaciones brillaba la rectitud de los simples. Esa fué por lo menos la opinión de Julio, que se casó con Totota seis meses después, mientras Doña Felisa comentaba aún su confesión con el P. Jacinto. Porque la esquila en que el célebre orador se excusaba no llegó nunca á las manos de la buena señora. Sin embargo, una vaga intuición le decía á ésta que le habían jugado, amablemente, alguna mala pasada. De aquí que entre colérica y jovial interrumpiera á veces las conversaciones para decir á su sobrino :

— Es usted un demonio...

En la voz había una mezcla de recelo y de cariño que no se explicaba ella misma.

— Y usted un ángel — contestaba invariablemente Julio, besando la mano á la de Pedriel.

De suerte que Totota vivió después de casada entre el cielo y el infierno... Pero no tuvo que lamentarse de ello nunca, porque Dios y Satán se entendían, en el fondo, maravillosamente.

LA VENGANZA DEL CAPATAZ

I

El primer movimiento de don Luis fué arrugar el papel y arrojarlo por la ventana. Pero la denuncia era tan concluyente, los datos tan exactos y el tono tan seguro y tan neto, que una partícula de duda resbaló sinuosamente hasta su corazón. ¿Qué perdía con averiguar la cosa? Lo mejor era ahogar desde el origen sus veleidades de inquietud... Entonces bajó lentamente hasta el patio y recogió el anónimo. « Todo Buenos Aires lo sabe; si quieres convencerte de ello ven á las seis y verás salir á Elena Franconi del número 122 de la calle Nueva », decía en su estilo ampuloso el caritativo corresponsal... Las señas de su sobrino Enrique... Don Luis se encogió de hombros. Aquello era absurdo. Sin embargo entró al escritorio del ingeniero simulando una indisposición. Y como en la fábrica le estimaban mucho, nada le fué más fácil que obtener el permiso y salir.

Una vez en la calle, reflexionó. Su mujer disponía del día entero, porque fuera de los quehaceres de la casa no tenía otras obligaciones; pero Enrique estaba empleado en una imprenta y no podía obrar á su antojo. Todo corroboraba la imposibilidad de la doble traición. Por otra parte, Elena, á pesar de sus veinte y dos años, era el prototipo de la mujer del hogar. La sabía franca, diligente y, desde el punto de vista de la moralidad, irreprochable. Don Luis estuvo de nuevo á punto de volver sobre sus pasos... Pero tornar á la labor equivalía á confesar que había mentido. Y eso no encuadraba con su carácter. Era cosa resuelta. Quizá valía más comprobar la calumnia para poder descubrir al miserable.

— ¡ Si la casualidad lo trae hasta mis manos... ! — gruñó, apretando instintivamente los puños.

Porque el capataz era un hombrachón vigoroso y enérgico, á pesar de su mansedumbre. Los cincuenta años, el cabello gris en las sienes las arrugas que labraban la piel morena y el mostacho ceniciento no le impedían prolongar en el espíritu la más lozana juventud. De su origen calabrés conservaba los botines enormes, el traje rudo y la cadena plateada llena de adornos que descendía en curva sobre el chaleco, pero estas

características estaban atenuadas por la influencia del ambiente criollo donde evolucionaba desde que huyó de Cosenza á los veinte años para evitar los rigores del servicio militar.

La historia de aquel inmigrante era la de muchos. Trabajó con entusiasmo, hizo algunos ahorros, se aclimató en el país y fué ascendiendo gradualmente, hasta que nombrado, hacía dos años, capataz, con trescientos pesos al mes, realizó los dos sueños de su vida : casarse y amparar á un sobrino huérfano, que malgastaba su jornal y sus veinte años en la atmósfera disolvente de las posadas y las fondas. Enrique, amigo de la libertad, habitaba un pequeño cuarto á cinco minutos de la casa en que vivía don Luis con su mujer, pero los tres comían en la misma mesa y formaban un grupo estrecho.

Á decir verdad, la conducta del tal sobrino no era muy digna de encomio. Haragán y pendeñero hasta la exageración, sólo trabajaba de una manera intermitente. Su oficio de tipógrafo le daba apenas para vestirse y fumar. Pero don Luis le excusaba con la indulgencia de los que quieren mantener dentro de sí el lazo y la ilusión de la familia. Después de todo Enrique no hacía más que pagar tributo á la juventud. Sus locuras de calavera parlanchín eran un producto del

abandono en que había vivido. Pero tenía un corazón de cristal puro.

Don Luis consultó el reloj al llegar á la calle Nueva. Eran las cinco de la tarde. Su idiosincrasia de trabajador acostumbrado á salir del taller con el crepúsculo para ir por el camino más corto hasta su vivienda, le indujo á ver con desagrado aquella ociosidad forzosa. ¿Qué iba á hacer hasta las seis?... Se sintió perdido en la enorme ciudad donde todos se entrechocaban arrebatados en un vértigo... Lo mejor era subir directamente al cuarto de Enrique, palpar de una vez la odiosa mentira y, argumentando otra vez la indisposición, volver tranquilamente á su casa donde le esperaba su mujer á quien había injuriado con la sospecha.

II

Sin emoción, porque estaba seguro de llenar una formalidad inútil, se dirigió á la pieza que ocupaba Enrique al fondo de la casa. Un chucuelo harapiento lloraba en el patio... Dos mujeres extendían á lo lejos su ropa recién lavada sobre un hilo de alambre... La vivienda mezquina, nido de obreros que salían al amanecer y no volvían hasta el crepúsculo, tenía un aspecto lúgubre. Don Luis accionó el picaporte y comprobó que la puerta estaba cerrada. ¡ Naturalmente ! ¡ Ya lo decía él ! Á aquellas horas su sobrino reía en la imprenta como de costumbre... Pero un cuchicheo confuso le indujo á escuchar... Aplicó el oído... Del otro lado había gente... Para mayor seguridad examinó la cerradura... La llave estaba puesta por dentro... Entonces estalló su cólera en una imprección y apoyando el hombro sobre el obstáculo hizo saltar los cerrojos :

— ¡ Canallas ! — gritó desde el umbral, obligando á retroceder á la pareja que se refugió terrorizada contra el muro.

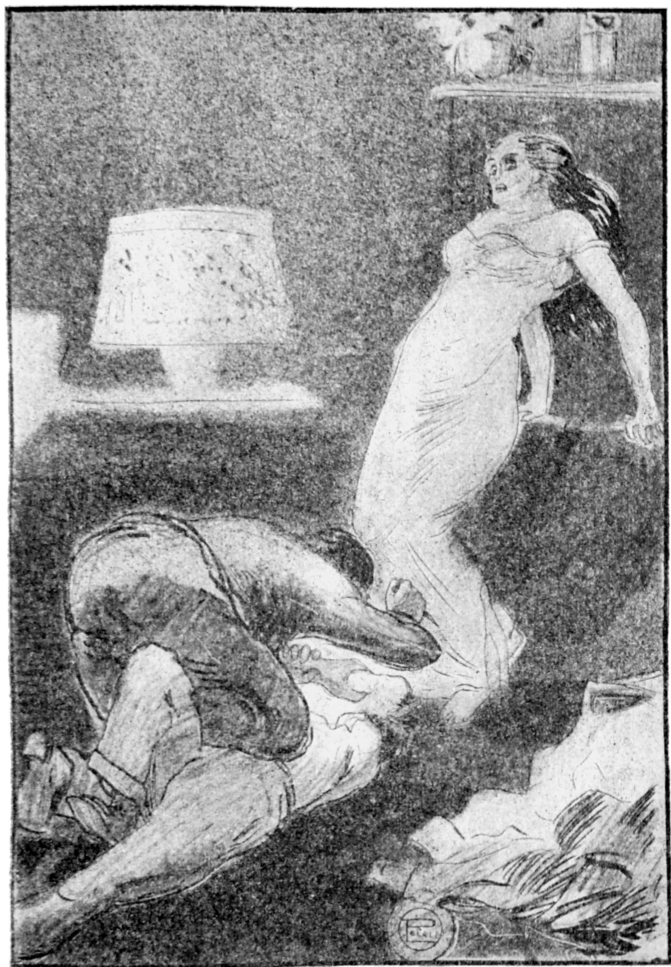
Y en un ímpetu salvaje se lanzó con las manos crispadas...

Pero una idea oscura le detuvo. En medio de su desequilibrio, argumentó, confusamente. Aquello merecía mucho más. No era cosa de apurar la venganza de un trago. Había que saborearla gota á gota. Su sangre levantisca y cerril donde se reunían todos los atavismos del Mediterráneo no podía contentarse con una ejecución brusca. No bastaba suprimir á los culpables; había que revolverles el puñal dentro del alma...

Todo esto en un minuto. La situación se resolvió de golpe. Apenas hubo tiempo para lanzar un grito y Don Luis desmayó al hombre á sus pies de un silletazo. Después amordazó á la mujer y con las mismas sábanas de la cama deshecha le ató las manos y los pies y la arrojó junto al cómplice.

Luego se cruzó de brazos y los contempló un instante. Ambos estaban á su albedrío. Él como un muerto, perdiendo la sangre á chorros por la herida abierta en la frente, ella maniatada y vencida...

Algo siniestro pasó entonces por la imagina-



ción del marido. En la embriaguez de la venganza, cerró la puerta con ayuda de un mueble, desnudó una navaja brillante y saltó por encima de la mujer que seguía sus movimientos con los ojos desorbitados.

— Todavía no, — le dijo — primero á tu hombre...

... ¿Qué ignotas supervivencias existen en nosotros? ¿De dónde vienen esas rachas que nos ciegan y nos empujan á los abismos? ¿Qué mano obstruye los cerebros y desata las fuerzas ancestrales? Nadie lo ha podido explicar nunca... Lo cierto es que el honrado capataz que gozaba de la estimación común, se metamorfoseó de pronto en un verdugo bajo el azote de los celos.

— Primero al hombre — repitió, acercándose al cuerpo desmayado y poniéndose de rodillas para ver mejor; — quiero que los dos lleven la infamia en el rostro...

Y bajo la mirada de espanto y de súplica de la mujer impotente y enloquecida, don Luis empezó á grabar con la punta del arma sobre la cara del caído, como en el tronco de un árbol la palabra que traducía sus resentimientos :

T-R-A-I-D-O-R

La sangre le salpicó hasta la frente. La víctima se debatió en la semi-inconsciencia de los

cloroformados... Pero don Luis le mantuvo y siguió imponiendo el estigma sobre las mejillas desgarradas... Cuatro letras del lado derecho, *Trai*, y tres del izquierdo, *dor*. Estaba marcado para siempre...

Al sentirse condenada á su vez, la mujer hizo un esfuerzo sobrehumano para desasirse y gritar, pero el vengador la oprimió bajo la rodilla y estrangulándola para impedir sus movimientos desesperados, trazó, también en grietas profundas, la palabra fatal sobre la piel fina y rosada donde sus labios se habían detenido tantas veces : *Traidora*.

Bajo la presión de los dedos nerviosos que oprimían la garganta, el cuerpo frágil se sacudió en un espasmo hasta quedar inmóvil y los dos ojos dementes parecieron maldecir al asesino...

Pero éste ya no se daba cuenta de nada... Sus labios tararearon un estribillo estúpido... Su mano palpó las baldosas sin sentir la humedad de la sangre... Y un aturdimiento indecible le mantuvo inmóvil hasta que con los brazos sueltos y arrastrando los pies se alejó torpemente hacia el portón donde los gendarmes se apoderaron de su sombra... Porque después de la espantosa crisis, don Luis sólo existía en apariencia. Su voluntad y su razón habían muerto.

LA SOMBRA DE LA MADRE

I

Los que no han visto una revolución en Sur-América no pueden comprender lo que hay de trágico y de impresionante en esas bruscas movilizaciones de instintos y de cóleras que interrumpen la actividad general y parecen agrietar la vida.

Imaginaos una ciudad populosa con sus almacenes sobre la acera, sus tranvías, sus vendedores de periódicos y su actividad incesante y normal. Los niños vuelven en grupos de la escuela; los carruajes se deslizan sobre el asfalto reluciente; las mujeres conversan y ríen de codos sobre las balaustradas; y al beso del sol de estío, que parece extender sobre las calles todo el oro triunfal de los conquistadores, la colmena febril se estira con la voluptuosidad de la juventud.

Pero de pronto un hilo de misterio difunde un malestar inexplicable. Los curiosos alargan

el paso y se vuelven como si adivinaran un peligro; los comerciantes dejan caer ruidosamente la cortina de hierro de sus tiendas; por las ventanas asoman caras graves que interrogan el horizonte; á la puerta de los cafés se forman grupos cautelosos que discuten, y en las calles abandonadas sólo se oye el rumor impresionante de los tranvías eléctricos que huyen, vacíos, rozando las aceras por donde se adelantan los últimos transeuntes apresurados.

Una frase repetida de boca en boca ha determinado la metamorfosis. Las gentes se la transmiten sin sorpresa, pero con creciente recelo. Era un acontecimiento esperado. La propaganda de los periódicos, la impaciencia popular, las precauciones de la policía y hasta la actitud de los presuntos jefes del movimiento lo estaban diciendo á voces. Todos esperaban el estallido con ansiedad, con enojo, con confianza ó con indignación, según sus simpatías ó su carácter. Éstos acumulaban víveres en previsión de un sitio; aquéllos desaparecían misteriosamente para reunirse con los insurrectos... La agitación subterránea no era un secreto para ninguno. Sin embargo, al conjuro de la frase « ha estallado la revolución », se produce un hondo pánico que lo inmoviliza todo. En pos de la seguridad ó del peligro, los hombres bu-



llen en la sombra y la ciudad parece traducir las perplejidades de los que se preguntan cuánto tiempo durará el sacudimiento y cuáles serán sus consecuencias.

En una de estas trombas bruscas se halló envuelto una noche Maneco Ramírez, mientras jugaba en el club con sus amigos.

Los cuatro inseparables conversaban como de costumbre alrededor de una mesa de poker: Honorio Coloma, coloradote y tímido; Felipe Grau, impaciente y flaco; Paco Valverde, vigoroso y conciliante, y Maneco Ramírez, emprendedor y audaz.

Como á los veinte años no era posible enclaustrarse en los libros, aquel centro elegante les ofrecía un admirable refugio para olvidar las salas austeras de la Facultad. Además, la posición social de sus padres les imponía, en cierto modo, el deber de frecuentar el casino á la moda

Cuando llegó la noticia, Honorio dejó caer las cartas y se puso muy pálido; Grau lanzó un ¡viva! triunfal; Valverde se encogió de hombros y Maneco escuchó en silencio los pormenores.

Los revolucionarios estaban á cuatro horas de la ciudad, al mando del caudillo regenerador; se habían sublevado tres batallones en

Santa Fe, y la guarnición de Buenos Aires, trabajada por una prédica tenaz, no tardaría en seguir la bandera de las reivindicaciones generales. El Gobierno, convencido de la gravedad de la situación, reunía sus tropas más fieles para ensayar la defensa. Pero el país estaba minado. La idea hacía progresos en las provincias y el triunfo de la causa popular no dejaba lugar á duda. Según el manifiesto, « sobre los escombros de la corrupción se iba á alzar, al fin, el edificio de un organismo regular, que de acuerdo con las aspiraciones comunes realizaría el porvenir de la patria. »

— ¿Y el presidente? — preguntó Grau.

— Algunos dicen que ha reunido á sus ministros en la casa de Gobierno — repuso el que traía las noticias; — pero un compañero á quien he encontrado al subir, afirma que se oculta en el *chalet* de uno de sus buenos partidarios. Porque la lucha va á ser larga. Hay hombres que han nacido para el combate. Y el presidente es de esos...

Maneco hizo un signo de aprobación.

Grau multiplicó las preguntas.

— ¿Dónde están los revolucionarios?

— En los alrededores de Temperley.

— ¿Son numerosos?

— Hay quien dice que pasan de ocho mil,

contando los dos batallones provinciales que se han adherido al movimiento. Pero no asomada seguro... Faltan datos...

En ese instante se oyó en la calle un clamor difuso. Todos corrieron á los balcones. Por la ancha avenida, bordeada de focos de luz eléctrica, se dispersaban los pilluelos voceando las últimas noticias.

Casi al mismo tiempo entró un criado y depositó varios ejemplares sobre la mesa del salón.

Los amigos leyeron el parte oficial :

« Un movimiento subversivo acaba de producirse en Santa Fe. El gobernador ha caído prisionero, y los revoltosos, que desprestigian al país con sus ambiciones insensatas, dominan momentáneamente en aquella ciudad. Las guarniciones de los Estados limítrofes se reúnen actualmente al mando del general Beriso para restablecer el orden.

» Simultáneamente ha estallado en la provincia de Buenos Aires una tentativa sediciosa que responde al mismo plan. Los rebeldes esperan dividir así la atención del Gobierno. Pero éste ha tomado las medidas necesarias para aplastar, sin perder un minuto, las dos cabezas de la hidra de la discordia... »

— Es el estilo de Martínez — interrumpió Grau desatando grandes risas.

— Metáfora constitucional — añadió Valverde.

Pero Maneco se apoderó del papel y prosiguió la lectura :

« Ante la relativa gravedad de la situación, y con el fin de prevenir nuevos desórdenes, el Gobierno resuelve decretar el estado de sitio. Pero la paz en la capital y en el resto de la República es inalterable. La población debe tener confianza en la autoridad legal, que no tardará en devolver al país la tranquilidad que tanto necesita para continuar su ascensión hacia el progreso. »

Grau hizo seña á sus amigos para que le siguieran hasta un ángulo del salón.

— Los partidarios del presidente están en todas partes — dijo á manera de excusa.

Y cuando se alejaron de los otros grupos, expresó su pensamiento en voz baja :

— Nuestro deber nos llama á Temperley.

Coloma encendió un cigarrillo para disimular su turbación.

Pero Maneco tomó la palabra y los demás le escucharon con la deferencia de siempre :

— Si fuera posible un levantamiento en la capital, convendría esperar los acontecimientos; pero el presidente tiene á su alcance las tropas más adictas y la hipótesis debe ser rechazada

Como Santa Fe está demasiado lejos y la revolución triunfante ha debido cortar el ferrocarril, fuerza es volver los ojos hacia Temperley. Pero no nos disimulemos las dificultades. A estas horas la ciudad está cercada seguramente por los soldados del Gobierno. La consigna es impedir que el pueblo pueda ir á unirse con los libertadores. Ensayemos, á pesar de todo, la aventura. Al tratar de burlar la vigilancia y atravesar las líneas, podemos ser sorprendidos. En ese caso, arriesgamos la vida, porque los soldados, lejos de los jefes, dan rienda suelta á su ferocidad. Nada es más fácil que declarar después que fuimos los agresores. Sin embargo, creo que debemos partir. Con un poco de energía y de ingenio se allanan todas las dificultades...

— ¿Á qué hora? — preguntó Grau impaciente.

— Con la primera claridad del alba — repuso Maneco después de un instante de reflexión.

— ¿Y por qué no ahora mismo?

En el reloj de la chimenea dieron las diez.

Valverde salió de su reserva y contestó:

— Porque la vigilancia será mayor de noche. Además, de día hay mil pretextos y re-

cursos. Partiremos al amanecer, pero antes conviene cambiar de ropa.

Maneco aprobó :

— Un chambergo, un traje indeciso y un poncho...

— Sin olvidar un buen revólver — añadió Grau.

— Y todo el dinero posible — concluyó Valverde.

Honorio Coloma fué el único que guardó silencio. Sus compañeros le consideraron con una sonrisa y él adivinó la razón.

— Sí, sí; también voy con ustedes — se apresuró á decir con un tono que desmentía sus palabras; — pero será inútil... completamente inútil... porque no podremos pasar...

Valverde se encogió de hombros. Sus manos de atleta oprimieron el brazo del amigo :

— Te conocemos — dijo con cierta cordialidad desdeñosa; — déjanos ser entusiastas y no raaciones inútilmente lo que no quieres comprender...

— Nuestro conciliábulo puede despertar sospechas — insinuó Maneco para cortar la conversación.

Entonces hubo un diálogo vivo :

— Separémonos y, á la hora convenida, nos volvemos á reunir...

- ¿Aquí?
- No.
- ¿Por qué?
- Nos denunciaría el disfraz...
- Busquemos otra cosa...
- En la esquina de...
- ¡Tampoco conviene la calle!
- Nos puede sorprender una patrulla...
- En mi casa...
- ¿Y tus padres?...
- Si se enteran, aborta el proyecto...
- No veo otra cosa...
- Ni yo...
- En un café...
- No están abiertos á esa hora...
- Los de los arrabales, sí...
- ¡Pues en uno de esos!
- ¿Cuál?
- Espera, no recuerdo el nombre...
- Di la calle...
- Paseo de Julio...
- ¿La *Estrella Azul*?
- Convenido. En la *Estrella Azul*, á las cuatro en punto...
- Y, sobre todo, prudencia.
- Adiós...
- Adiós...

II

Las calles alineaban sus mecheros de gas, sin que nada interrumpiera la tristeza monótona, llena de presagios y asechanzas, en que parecía naufragar la población. No había coches ni tranvías. Sólo cortaban el silencio las patrullas. Ante algunos edificios velaba un centinela con el arma al brazo. Y las ventanas cerradas daban al conjunto un aspecto de desolación y de muerte.

Maneco se dirigió por el camino más corto hacia su casa. El eco de los pasos le siguió por las aceras de la avenida central. Dos veces se detuvo para ver si le seguían. Pero todo dormitaba bajo la luna impasible.

Cuando la llave giró en la cerradura, el estudiante comprendió la gravedad de lo que había resuelto.

La enorme casa solariega, con sus patios llenos de plantas tropicales, le clavó en el cora-

zón la inquietud de la familia. Todos debían dormir. Su padre y su tío, después de la clásica partida de ajedrez, se habían separado, seguramente, con la sonrisa invariable. La servidumbre descansaba. Pero su madre debía velar como siempre, sin poder cerrar los ojos hasta oír los pasos del hijo único.

Maneco vió al través de los vidrios la luz de la lamparilla, y rozó la puerta según su costumbre.

— Buenas noches...

— Que duermas bien, hijo mío — repuso una voz muy dulce desde el otro lado.

El que debía partir sintió una emoción intensa. Toda su ternura se le subió á los ojos. ¿Tenía acaso el derecho de desgarrar un corazón? La sorpresa podía ser mortal... Sus recuerdos de niño mimado le envolvieron en una neblina desconcertante... y cuando entró en su cuarto permaneció de pie, con los ojos fijos, sin saber qué decidir...

Todavía tenía tiempo de renunciar á la aventura. Nada más fácil que llegar á la *Estrella Azul* y declarar que los suyos lo habían descubierto todo. Pero, ¿cómo iban á recibir sus amigos la noticia? ¿Podía él tolerar que le tomasen por un Honorio Coloma?

El orgullo se sobrepuso. Había dado su palabra y debía partir.

Para acabar con las perplejidades se lanzó febrilmente á hacer los preparativos. Reunió el dinero en una sola cartera... Limpió el revólver... Después pensó en el traje y entró á la pieza contigua. La ropa, cuidadosamente dispuesta, se alineaba en grupos simétricos á lo largo de los muros. Pero todo aquello era demasiado elegante. Maneco recordó que sus vestimentas de campo habían quedado en un baúl después de la última excursión á la hacienda. Y de puntillas se deslizó por los corredores.

— ¡ Rufino ! — pronunció á media voz, pasando la cabeza por la rendija de una ventana.

Y como nadie acudiera, volvió á repetir :

— ¡ Rufino !

Un muchachón de ojos pequeños y cabeza chata apareció en el patio, multiplicando los saludos grotescos bajo la luz de la luna.

-- Yo obedezco á su merced — declaró el recién venido de una manera extraña.

— Ya lo sabemos... — respondió Maneco, como si fuese aquella frase una cosa habitual.

Y cogiéndole por el brazo, le preguntó :

— ¿Dónde está el baúl grande que trajeron de Bahía Blanca hace ocho días?

El interpelado se rascó la cabeza como si hi-

ciera un esfuerzo para estimular su memoria rudimentaria.

— El baúl... — insistió el estudiante, — el baúl gris... ¿Te acuerdas?

En los ojos diminutos brilló una luz tenue, y el idiota acabó por exclamar, entre temeroso y maravillado :

— ¿El que me aplastó el pie?

— Ese mismo.

— El baúl...

— El baúl, sí. ¿Dónde está?

— Arriba — declaró por fin, señalando las pequeñas habitaciones que se alzaban en forma de segundo piso al fondo de la propiedad.

— Muy bien; escúchame ahora lo que te voy á decir.

— Yo obedezco á su merced...

Maneco contuvo un movimiento de impaciencia.

— Te he dicho que ya lo sé... Escúchame... Es necesario que me traigas ese baúl... á mi cuarto... ¿entiendes?... Sin hacer ruido...

El pobre diablo se confundió de nuevo en reverencias hasta desaparecer en la sombra. Y el estudiante evocó los episodios más salientes de su primera juventud. En todos figuraba aquel animal, irresponsable y fiel. Las bromas pesadas

y á veces crueles en que se complacía la natural inquietud de los quince años, desfilaron por su imaginación, interrumpiendo las visiones dolorosas. Unas veces como cómplice, otras como víctima, Rufino había intervenido siempre con su inteligencia tarda y su estribillo invariable.

Así que el baúl llegó al cuarto, Maneco quiso estar solo.

— Ahora te vas... á dormir.

El idiota se dispuso á reeditar su frase favorita.

— Á dormir te digo — repitió el estudiante, temiendo difundir la alarma.

Después de lo cual cerró la puerta y se sentó á escribir.

« Mi pobre madre : No es la primera vez que las que tú llamas travesuras de muchacho y lo que yo creo energías de hombre, te hacen verter una de esas lágrimas que, por un espejismo de la ternura, me duelen á mí como si me las arrancaran del corazón. Hoy añadido á la lista una angustia más. Pero el país se agita y voy, como todos los jóvenes, á luchar por los ideales más altos. La suerte me tiene que ser favorable, porque me escuda tu recuerdo. Comunica esta resolución á mi padre con todas las precauciones que exige su estado de

salud. Y perdóname... Antes de partir te doy un largo beso en la frente. »

Maneco dejó caer la pluma y se llevó el pañuelo á los ojos.

III

La *Estrella Azul* era uno de los numerosos cafés servidos por camareras, que se multiplicaban en aquel barrio excéntrico. Su clientela, mezclada de trasnochadores y delincuentes, se retorció á veces en remolinos de escándalo. Pero la revolución lo había barrido todo. La sala estaba casi desierta. Junto á los vidrios dormía un borracho, y alrededor de una mesita exigua jugaban las mujeres á los naipes entre el humo de los cigarrillos.

Una de ellas se levantó para recibir á Maneco y á Grau, que llegaron al mismo tiempo. Pero una mirada le hizo comprender que aquellos parroquianos no venían á divertirse.

La luz de la aurora se confundía con la del gas, y el establecimiento, erizado de sillas vacías, tenía no sé qué aspecto fantasmagórico y doliente.

Cuando el reloj marcó las cuatro y cuarto Maneco bebió su último sorbo de café.

— Que Honorio no venga, pase — declaró; — pero Paco Valverde...

En ese instante se abrió la puerta y apareció el hombrachón musculoso, maldiciendo y excusándose.

Una patrulla le había detenido al salir de su casa, y como las explicaciones fueron contradictorias, los soldados resolvieron prenderle. Él se resignó en apariencia. Pero al atravesar un paseo, derribó bruscamente á sus guardianes y echó á correr... á correr... hasta que, seguro de que nadie le podía seguir, volvió sobre sus pasos con la esperanza de llegar todavía á tiempo.

— Y aquí estoy — concluyó sencillamente.

— ¿Nos vamos?

Maneco pagó á la mujer, que les miraba con un gesto equívoco.

— Si salimos juntos nos detendrán — observó Grau.

— Separémonos entonces, pero sin dejar de estar en contacto...

Á veinte pasos de distancia, unos por una acera, otro por otra, los tres amigos atravesaron la ciudad con el oído atento, evitando las patrullas.

Á lo lejos, por el fondo de la calle, desfilara un regimiento de artillería con sus furgones y sus víveres. Les asombró que el gobierno dispusiera aún de algunas tropas... Pero éstas no tardarían en sublevarse, porque la revolución debía triunfar... Y acariciando hermosas certidumbres, los amigos llegaron á la estación del Sur.

Como los trenes no circulaban, y la vía era un campo militar, se disimularon para concertarse.

El camino carretero debía estar ocupado también. Tendrían que describir una curva larga y penosa, atravesando los arrabales.

Primero se internaron en los barrios obreros, de casas chatas, aceras primitivas y calles sin empedrar. Después vieron, con los primeros cercos de tuna, los grandes solares vacíos. Y por fin entraron en el dédalo de quintas que se multiplican y se enredan á las puertas de la ciudad. Pero un kepis entrevisto á través del follaje, les anunció el peligro. La capital estaba ceñida por un círculo de bayonetas. Entonces se arrastraron por las zanjas, durante varias horas, buscando el lugar propicio, hasta que el sol perpendicular les anunció el medio día...

Un calor de horno emanaba de la tierra hú-

meda. El cielo, borroso y sin nubes, parecía rozar la copa de los árboles. En la atmósfera flotaba una pesadez mortal. Grau, que iba adelante, hizo por fin una seña á sus compañeros. Una gran charca les obstruía el paso... Los centinelas, seguros de que nadie intentaría pasar por allí, roncaban á la sombra de los arbolillos...

La jornada se decidió. Ni ellos mismos se dieron cuenta de cómo lograron resbalar, protegidos por una vegetación insuficiente, sin que les denunciara el ruido de los pies en el lodo. Pero la dificultad fué vencida. Y cuando, después de internarse en campos incultos, se encontraron libres al fin y de pie en mitad del camino, una enorme carcajada desgarró el silencio triunfalmente. La travesura de la edad, el espíritu aventurero y la intrepidez nativa, se daban la mano para celebrar el primer hecho de armas.

Grau propuso construir un monumento conmemorativo. Y al borde de la carretera amasaron con la tierra mojada una especie de pirámide minúscula, que Valverde coronó á guisa de estandarte con un pedazo de papel.

Después de lo cual siguieron andando hasta encontrar una rústica fonda, donde se dispusieron á almorzar.

Pero el encanto y la sorpresa de la vida de aventura, no hacían olvidar á Maneco la imagen de su madre. Á medida que las horas pasaban, iba adivinando lo que ella hacía. La imaginó recorriendo la casa como de costumbre, dando órdenes y vigilándolo todo; la vió cuando se acercaba á la puerta del cuarto del hijo; y oyó el grito de terror y de angustia lanzado al ver la cama intacta y el billete sobre el velador. La cólera de su padre y la consternación de todos desfilaron en escenas vertiginosas hasta que, en un final solemne, apareció la familia consultándose sobre lo que debía hacer. Unos eran partidarios de esperar los acontecimientos; otros afirmaban que urgía decidirse. Pero una figura dominaba el conjunto : la madre, de pie, con una extraña resolución en los ojos.

Todo esto no impidió que fuera alegre el almuerzo. Los tres aprovechaban la conmoción para satisfacer su sed de lucha y de novedad. Por otra parte, la cocina rudimentaria de la pequeña fonda tenía el sabor de lo inédito. La juventud nos lleva á veces á desear las contrariedades para apagar un ansia de catar y recorrer la vida. Y los compañeros experimentaron cierta áspera voluptuosidad ante los manjares groseros que interrumpían el bienestar monótono de sus costumbres.

À las cinco de la tarde, después de una larga siesta, se pusieron en camino otra vez.

El sol doraba tenuemente la llanura. La temperatura se hacía más soportable en el desmayo del atardecer. Una brisa imperceptible agitaba las hojas de los árboles. Y las pequeñas poblaciones que se escalonaban á lo largo de la ruta, parecían sonreír ante la perspectiva de la noche.

Sin embargo, los caminos estaban desiertos. Había en la soledad una expectativa ansiosa... La zona en peligro se agazapaba esperando por minutos el choque que la debía devastar...

Al caer el crepúsculo aparecieron las primeras casas de Temperley.

— Sin los rodeos y las interrupciones hubiéramos podido llegar en cuatro horas — declaró Grau; — pero esos malditos nos han obligado á dar la vuelta á la ciudad antes de poder salir...

— Sin contar con el tiempo invertido en el almuerzo — añadió maliciosamente Valverde.

Los inseparables siguieron por la carretera... La primer fisonomía que apareció fué la de una muchacha muy rubia y muy joven que aventuraba cautelosamente la cabeza por una ventana.

Maneco la saludó, sin saber por qué...

IV

Pero de la azotea de la casa brotó una voz enérgica :

— ¡ Alto !

Un racimo de caras hoscas asomó por encima de la balaustrada. Y los amigos comprendieron que aquél era el primer puesto avanzado.

El edificio formaba esquina á la entrada del pueblo. Sobre la puerta principal se leía : *La Sirena, almacén de comestibles*. Los revolucionarios se habían instalado probablemente allí, como en las demás posiciones, usando del derecho de la fuerza.

Mientras llenaban las formalidades para entrar al campamento, Maneco advirtió que, junto á la hermosa niña rubia, aparecía la cara coloradota de un hombre medroso, que se apresuró á decir :

— ¡ Adentro, Luciana... !



Pero la curiosidad fué más fuerte que la autoridad del padre...

En ese instante bajaban cuatro hombres armados para reconocer á los recién venidos.

Luciana quiso asistir desde la reja al interrogatorio... Hubo una sonrisa... Y cuando el grupo se dirigió hacia el cuartel del jefe de las avanzadas, Maneco volvió la cabeza para saludar otra vez.

En el pueblo reinaba una animación indescriptible. Los soldados desertores y los paisanos armados invadían las calles en un hervidero febril. La plaza principal, convertida en campo de maniobras, temblaba bajo las voces de mando de los sargentos, que hacían evolucionar en grupos á los reclutas. La estación del ferrocarril era una oficina de Estado Mayor, de donde partían sin cesar las órdenes y las contraórdenes, transmitidas por jinetes brutales que lo arrollaban todo. En vano trataban los oficiales insurrectos de moderar los ímpetus, imponiendo á aquel conjunto abigarrado un poco de serenidad y disciplina. Era tarea inútil. La confusión aumentaba por minutos. Y los mismos batallones sublevados se dispersaban sin atender á los jefes.

Cuando el grupo compareció ante el comandante Rivas, Maneco tomó la palabra y quiso

explicar las razones que les habían empujado á venir. Pero un gesto de impaciencia le detuvo.

— Muy bien, muy bien... ¡ Sargento Aldama !

Un indio hurraño se adelantó con la mano sobre el kepis.

— Esos tres soldados van á su compañía. ¡ Por la derecha !... ¡ March !...

Grau se ofendió y estuvo á punto de provocar un conflicto ; pero sus compañeros le obligaron á seguir detrás del veterano, que los examinó á los tres con cierta desdeñosa superioridad de primitivo.

— Hay que confesar — declaró Valverde, haciendo alusión á Luciana — que la única visión agradable la hemos tenido al entrar...

Maneco esquivó la respuesta y se alejó pensativo...

La audacia de Grau, los músculos de Valverde y la diplomacia de Maneco Ramírez, no tardaron en conquistar un puesto aparte. Quizá fué esa la razón que les permitió evitar, desde el primer día, la cocina común, hecha al aire libre, por « baqueanos » expertos en el arte de las revoluciones. Como otros frecuentaban también fondas del pueblo, Grau se informó aquella misma noche, y alguien le indicó *La Sirena*.

— ¿Has oído? ¡La casa de tu novia!... — exclamó, dejando caer la mano sobre el hombro de Maneco.

Éste exageró su indiferencia. Pero algo se encendió en los ojos para desmentir las palabras.

La mesa redonda se abría en la trastienda del almacén. Una docena de clientes, entre los cuales había cuatro oficiales desertores, tres ci-

viles con título de doctor y algunos ejemplares del gaucho bravo, base y motor de los levantamientos, se hacinaban en la pieza exigua alrededor de un mantel manchado, cubierto de fuentes y de botellas. Los clientes daban las órdenes á gritos, con la autoridad de hombres armados que exigen vasallaje. Y en medio del clamoreo y la confusión flotaba la servilleta del huésped, don Nicola, que, auxiliado por un chicuelo, trataba de satisfacer á todos.

Los estudiantes lograron hacerse un lugar al fondo, y observaron las fisonomías. Partidarios ingenuos ó matones de alquiler, aquellos hombres tenían en la actitud el aire de familia que les daba una identidad de situación. No se conocían, pero obraban como viejos amigos, refiriendo sus hazañas con cierta familiaridad tosca y un gran deseo de parecer valientes.

Sin embargo, una silueta se destacaba entre todas : la del capitán Murillo, que ocupaba el puesto de honor. De gran estatura, quijadas salientes y ojos tenaces, dominaba el conjunto con su ademán autoritario. Llevaba el uniforme de infantería, pero se había atado una cinta de púrpura alrededor del cuello, y osentaba al cinto un par de pistolas.

La frase concluyente, la llaneza brutal y la segura impertinencia con que se estiraba el bi-



gote, denunciaban un temperamento dominador.

Maneco advirtió que el capitán se volvía á menudo hacia la puerta que daba á la cocina, y experimentó una gran contrariedad. Por la abertura que dejaba don Nicola al traer los platos, se divisaba la silueta de las mujeres que disponían el almuerzo, bajo la vigilancia de Luciana. Los ojos de ésta se habían encontrado así varias veces con los del estudiante. Era un juego silencioso y sutil... Maneco comenzó á observar á Murillo, y lo comprendió todo.

El capitán cortejaba también á Luciana con la insolencia de su carácter. El poco éxito de las tentativas parecía excitarle más. Á tal punto, que el enamorado tuvo que contenerse para ahogar una protesta cuando el fanfarrón se atusó de nuevo el bigote y ensayó un saludo familiar.

Las conversaciones eran cada vez más confusas. Todos hablaban á un tiempo de las sublevaciones posibles, de la probable marcha sobre Buenos Aires y de las consecuencias del triunfo, ganados por el vértigo de las grandes horas. Grau discutía con un abogado entusiasta la formación del nuevo ministerio. Valverde calmaba el ímpetu de un exaltado,

que emitía la idea de arrasar la ciudad. Y la estancia, llena de humo, parecía una caldera en ebullición...

Cuando las tazas quedaron vacías, cada cual pagó lo suyo y todos se dirigieron hacia la puerta, gesticulando bajo la luz de petróleo que agigantaba las sombras. Pero el capitán Murillo se detuvo :

— Hay que felicitar á las cocineras — exclamó con su invariable familiaridad burlesca.

Y el grupo se precipitó tumultuosamente hacia la pieza contigua, chanceando con la mujer del huésped y con la india que la ayudaba en la faena.

Luciana se refugió prudentemente en un ángulo. Pero Murillo se acercó á ella con cierta fatuidad agresiva.

— ¿Por qué se esconde la buena moza? — preguntó, haciendo una reverencia.

Y como no obtuvo contestación, se aproximó más aún.

— Esos ojos se ven desde todas partes — insistió, — y en la sombra brillan más.

Luciana cogió un mantel que estaba sobre a mesa, y se puso á doblarlo cuidadosamente.

Pero el capitán no se dió por vencido.

— Mentira parece que una cara tan hermosa

tenga ese gesto severo — exclamó rozándole un brazo.

Maneco seguía la escena, pálido de cólera. Sin la presencia de Valverde, que le hacía ver la locura de una intervención, hubiera abofeteado al audaz.

Pero Luciana supo defenderse sin abrir los labios, con un desdén que lastimó el amor propio de Murillo.

— Ya veremos quién triunfa — murmuró éste en son de amenaza. Y se alejó seguido por el grupo obsequioso que acompaña siempre á los que gritan más.

Su mal humor se descargó sobre un gaucho que le rozó en la calle.

— ¿No tienes ojos, imbécil?

El hombre se detuvo y contestó :

— Imbécil será tu abuela...

Murillo dejó escapar entonces en un juramento toda su rabia contenida.

— ¿Qué has dicho? Ahora mismo me vas á pedir perdón...

— ¿Perdón? — gritó el gaucho desnudando su cuchillo reluciente.

Y la escena fué muy rápida.

El capitán esgrimió una pistola y apuntó. Cuando se oyó el disparo, el hombre había ro-

dado por tierra, como una masa informe, sin pronunciar una sílaba.

Entonces saltó Murillo sobre su alazán impaciente, y dirigiéndose al negro de ojos bestiales que le servía de ordenanza :

— No lo vayas á degollar á éste también — ordenó; — arrástralo en seguida hasta el alfal.

Demás está decir que Maneco formó parte del contingente que debía relevar aquella noche el puesto avanzado establecido en la fonda. Los tres amigos engrosaron el pelotón que, al mando de un teniente imberbe, exploró con cautela los alrededores. Y cuando regresaron, vencidos por el calor de las noches americanas, todos se dejaron caer á su antojo en el patio de *La Sirena*.

La luna triste empujaba sobre el cielo azul su góndola de ilusiones, y las estrellas temblaban y hervían en torno de ella como un enjambre de insectos luminosos. Pero la atmósfera era irrespirable. Los soldados se despojaban de sus chaquetas de dril y se abanicaban con los sombreros de alas enormes. El agua tibia de la cisterna no aplacaba la sed...

Maneco, Grau y Valverde se extendieron sobre la tierra y trataron de dormir para olvidar

el calor. Pero un quejido doloroso que parecía bajar del primer piso de la fonda, les hizo levantar la cabeza.

— Es la voz de un herido — declaró Maneco con natural inquietud.

Sus estudios de medicina y su experiencia del hospital, le decían que quien así se lamentaba debía sufrir mucho.

Nuestro amigo golpeó á la puerta que daba al patio, y en el fondo del almacén, á la luz de una lámpara que humeaba, apareció la silueta de don Nicola. Por el postigo entreabierto, el estudiante se dió á conocer y ofreció sus servicios.

— *Per la madona* — exclamó el italiano bonachón descorriendo los cerrojos y abriendo la puerta de par en par. — Dios lo ha traído á usted á esta casa... *andiamo súbito..*

Y le explicó que la víspera, cuando los revolucionarios se apoderaron del cuartel, estalló un conflicto en el pueblo. Los heridos fueron transportados á las casas, hasta que la Cruz Roja se los llevara al hospital. Pero el encuentro había sido grave y las camillas y los coches no bastaron para conducir á todos. Muchos permanecían sin auxilio en la viviendas donde se habían refugiado. Entre ellos, el infeliz cuyo gemido se difundía en la noche. Los

médicos y los enfermeros debían venir, pero el tiempo pasaba y nadie aparecía. En vano se había recurrido al comandante militar. En el desorden de la revuelta, ¿quién podía detenerse á salvar la vida de un combatiente inútil?

— Por aquí, por aquí — repitió don Nicola levantando la lámpara, cuya luz insegura hacía danzar las siluetas sobre la pared.

Bajo el techo inclinado de un desván agonizaba un campesino muy joven, cuyos ojos vidriosos parecían esperar la muerte como una felicidad. La herida era de bala, en el cuello, y la respiración desigual hacía brotar chorros de sangre que salpicaban en torno. Los dedos crispados se hundían en el jergón y se oía el chirriar de los dientes en la boca reseca.

— ¡Beber... beber!... — repetía, tendiendo los ojos suplicantes hacia Luciana, que le llevaba el vaso á los labios.

Maneco saludó al entrar á la joven con una sonrisa de complicidad. Aquel suceso les acercaba... Por fin iba á poder conversar con ella... Estuvo á punto de olvidar al desgraciado... Pero Luciana le indicó su deber. El estudiante, pidió algodón para lavar la herida, y después de vendarla con un lienzo muy limpio, se volvió hacia don Nicola moviendo la cabeza.

Aquello no tenía remedio... El italiano abrió los brazos y los dejó caer otra vez. ¿Cuándo iba á venir la Cruz Roja? Los quejidos eran cada vez más desgarradores. El sufrimiento daba á la voz un timbre lúgubre que hacía correr frío por la espalda.... Hubo un momento en que el herido se incorporó pidiendo que acabaran con él.

— Por favor... — suplicaba, con un acento apenas inteligible. — No puedo más... un ar... ma... un ar... ma... que me ma... ten...

Maneco, Luciana y don Nicola bajaron entonces al almacén para evitar la súplica de los ojos dementes. El italiano invitó al estudiante con una copa de licor, y empujado por su carácter expansivo ó por una simpatía natural, se abandonó á la conversación, de codos sobre la mesa de mármol, refiriendo las escenas y los tumultos de la víspera.

En las situaciones anormales, la intimidad se anuda muy pronto. Sitiados por los peligros, los hombres viven más ligero. Hay como una excitación nerviosa que corta las distancias y acerca á los individuos en un empuje de fraternidad ante las asechanzas posibles... Quizá por esa razón, quizá porque Maneco supo hacerse agradable y envolvente, lo cierto es que don Nicola se negó á dejarle partir. El calor,

y el gemido tenaz del que agonizaba le harían pasar la noche en vela. Había resuelto no acostarse.

La conversación tomó así cierto giro de confianza. Maneco habló de su familia y de su madre, que á aquellas horas debía rezar por él; don Nicola confesó sus inquietudes de comerciante envuelto en una revolución, y Luciana intervino de tiempo en tiempo, roja de felicidad, iluminándolo todo con su buen tino.

— *Questa ragazza* — dijo don Nicola acariciando la mejilla de su hija — *e la mia felicità.*

Y con orgullo explicó en su jerga criollo-italiana :

— Un año *più* y será maestra de *escuola...*

Afuera sólo resonaba la voz áspera de los soldados.

— ¡Centinela, alerta!

— ¡Alerta está!

La inextinguible lamentación del herido parecía subrayar la calma solemne de la noche.

Maneco para distraer á los demás ó para atudirse se lanzó á hacer una disertación sobre los progresos de la Medicina, y Luciana, que quería mostrar sus conocimientos generales, le rebatió algunas afirmaciones. La discusión no era, en resumen, más que un pretexto para

cambiar sonrisas. Pero el caso es que don Nicola, que no sabía una palabra del asunto, se quedó dormido.

Entonces Maneco dejó caer su mano sobre la de la joven, y haciendo un paréntesis á la conversación, la miró en los ojos.

— ¿Cuánto tiempo hace que nos conocemos?

— Diez horas...

— Se equivoca usted : un año.

— No comprendo.

— Yo sí.

— ¿En qué reloj mide usted la vida?

— En el que existe dentro de mi alma. Desde hoy á las seis de la tarde se han operado tales transformaciones, he sido tan feliz, tan desgraciado, han nacido en torno mío tantas flores de esperanza, de indecisión, de cólera que tiene que haber pasado mucho más tiempo del que marca el cronómetro que llevo en el bolsillo...

— ¿Y cuál es la causa de ese tumulto?

— Una mujer...

— ¿Joven?

— De la edad de usted...

— ¿Morena?

— No; rubia y con el mismo reflejo de oro de los cabellos que estoy admirando ahora...

— ¿Bonita?

— Más, mucho más que todos los sueños...

— ¿Alta?

— Y esbelta, y al mismo tiempo inmaterial como una visión divina...

— ¿Rica ó pobre?

— Dueña de todos los tesoros que da la juventud, la pureza y la bondad...

— Quisiera saber el nombre, pero temo ser indiscreta...

— Se lo voy á decir...

— No, no; todavía no...

— ¿Por qué?

— Porque no.

— Pero, ¿por qué?..

— Porque esas cosas deben quedar entre los interesados...

— ¿Y si usted fuera la mujer de que acabamos de hablar?...

Luciana bajó los ojos y se puso muy roja.

— ¿Es necesario decirlo? — continuó Maneco con cierto temblor extraño en las sílabas; — ya lo hemos conversado en otro lenguaje misterioso. ¿Se acuerda usted de la voz de « alto » que nos dieron ayer desde la azotea de esta casa ?

— Sí...

— ¿Por qué sonrieron sus ojos cuando les dirigí un saludo?...

— Yo misma no lo sé...

— ¿Por qué contestó usted con un gesto rápido cuando me volví de nuevo para despedirme antes de seguir hasta el cuartel?

—.....

— ¿Y por qué se operó dentro de mí desde ese instante una metamorfosis que me hizo olvidarlo todo, hasta la revolución que había venido á defender?

Luciana vió aumentar su turbación sin encontrar respuesta.

— ¿Se acordó usted de mí después de ese primer encuentro? — dijo por fin como si soñara.

— Hice más. Traté de entrar como soldado hasta aquí...

— Supongo que no se ha arrepentido de ello.

— ¡Quién sabe!

— ¿Cómo?

— Me esperaban sensaciones contradictorias...

— ¿Por qué?

— He hecho mal en tocar el punto...

— Por el contrario, explíquese...

— Hablemos de otra cosa...

— No; necesito saber cuáles han sido, dentro de esas sensaciones contradictorias, las que le entristecen á usted...

— Fueron simples locuras...

— Cuéntemelas...

— No.

— Entonces nos enojamos.

— No...

— Repito que nos enojamos...

— Entonces prefiero ceder. Quise hacer alusión á los galanes emprendedores...

— ¿El capitán Murillo?

— Sí.

Luciana contuvo un gesto de repulsión.

— No sabe usted el desprecio que me inspira ese hombre...

— Lo sé...

— ... Y el respeto que me tengo á mí misma.

— También lo sé...

— Nadie, ni aun aquel á quien yo pudiera llegar á adorar algún día, me arrancaría el sacrificio de mi dignidad...

— Todo eso lo he leído en sus ojos, Luciana...

— De modo que puede usted suponer mi actitud ante el odioso Don Juan...

— Estoy seguro de usted...

— Entonces no comprendo...

— Hablo de mí, de mi situación de soldado ante la actitud indigna del jefe... ¿Cree usted que es posible soportar en silencio la provocación? Hoy he sentido nacer un instinto

nuevo. Las manos se crispaban y he estado á punto de desbaratarlo todo...

— No hable usted así — interrumpió Luciana palideciendo; — ese hombre es un bandido y no merece más que el desprecio después del asesinato de esta noche...

— No importa; si insiste, le tendré que castigar... Á menos de que usted me niegue su autorización...

Luciana tendió con un gesto de reproche dos manos blancas que Maneco conservó silenciosamente entre las suyas.

— Yo no tengo más que una sinceridad y usted ha leído en mis ojos... Pero no exponga su vida... Piense en el dolor que me causaría el lance... Prométame callar... Yo me basto para rechazar las insolencias...

En ese instante se oyó un grito que impresionó á todos. Don Nicola se despertó y los tres subieron precipitadamente la escalera...

Una visión trágica les enturbió los párpados.

El moribundo había roto la copa que estaba á su alcance y, empuñando á manera de navaja un pedazo de vidrio, se había abierto las venas del cuello. El cuerpo inerte yacía sobre el charco de sangre, en una actitud serena, como si descansara al fin.

La madre de Luciana, que había salido de

su cuarto al ruido de las voces, colocó sobre el muerto una pequeña cruz. Y, á la luz del alba naciente, el desván tomó un aspecto lúgubre.

Antes de despedirse, el estudiante se acercó de nuevo á la joven.

— Yo la sabré defender á usted — le murmuró al oído; — lo juro sobre ese cadáver...

VII

El cansancio y la inacción difundían en el campamento una nerviosidad creciente. Los hombres disputaban entre sí y los grupos venían á las manos por razones pueriles. Flotaba en la atmósfera como un deseo de lucha. Todos habían venido para marchar sobre Buenos Aires. La inmovilidad llenaba los espíritus de rebeliones indeterminadas.

Esta inquietud se reflejó al día siguiente en la pequeña mesa redonda de *La Sirena*. El almuerzo fué bullicioso. Unos decían que las tropas habían salido de la capital para presentar combate. Otros afirmaban que atacarían al anochecer el campamento de Temperley. Las interpretaciones más contradictorias se combatían. La fonda estaba espesa de discusiones. Y al terminar el almuerzo, el capitán Murillo se encargó de desencadenar el drama.

— Venga otro poco de café — dijo dirigién-

dose á la cocina con la taza en la mano.

Por la puerta entornada todos le vieron dar un paso atrás cuando la sirvienta se adelantó con la cafetera.

— Tú, no — gritó soltando una carcajada; — que me lo sirva la buena moza que está allá al fondo.

Luciana fingió no oír

El capitán insistió.

— Las manos blancas y pequeñas darán al brebaje un sabor particular...

Y como la aludida continuara examinándose las uñas, Murillo se adelantó resueltamente hacia ella :

— No se haga usted la desentendida, que todo lo que le digo me sale del corazón...

Luciana contuvo un gesto de cansancio y, cogiendo bruscamente la cafetera, llenó la taza hasta rebosar.

— ¿Por qué se impacienta la niña? — preguntó el capitán en son de burla. — ¿Porque la admiran y se lo dicen? ¡Vaya un orgullo! Calme sus rencores y vuelva los ojos hacia mí... Vamos... Vuelva los ojos...

Muchos seguían la escena desde el comedor. Murillo se daba cuenta de ello y se obstinó ante el fracaso.

— Vuelva los ojos, le digo...

Luciana permaneció inmóvil; y como el capitán le pusiera una mano en el hombro, hizo un movimiento instintivo y la taza se volcó sobre el uniforme.

— Había sido res brava — exclamó Murillo enjugándose con el pañuelo; — pero otras peores he domado... Como castigo, la hermosa me va á tener que conceder un beso... un beso... aquí, en la mejilla...

Luciana dió un paso atrás.

Maneco, muy pálido, se adelantó.

Algunos comensales se pusieron de pie para no perder un detalle de la escena.

— Vamos á ver... — continuó el capitán — un beso... uno solo... y volvemos á ser amigos...

Don Nicola, trató de intervenir.

— *Lasciatela, povera fanciulla. Quello que ha fatto non è de la sua volontà. Ce ne sono i nervi...*

Pero el militar se volvió, colérico, y el italiano tuvo que callar.

— Si no me da usted el beso, se lo doy yo — insistió, acercándose, hasta empujarla contra el muro. — Una... dos... tres...

El brazo rudo rodeó el talle para imponer el roce de los labios...

Pero una bofetada de Maneco resolvió la situación.

— ¡Canalla! — rugió Murillo en medio de

la consternación general. — ¡Levantarme la mano á mí!... ¡Vas á morir como un perro!...

Y le apuntó con la pistola.

Pero una voz militar inmovilizó á todos.

Era el comandante Rivas que entraba, al ruido de la disputa.

— ¿Qué es lo que ha ocurrido aquí? — preguntó con su dureza habitual.

Murillo se adelantó.

— Este mal nacido me ha faltado al respeto, y lo voy á matar... Déjelo, comandante... Aunque se defienda...

La escolta se apoderó de Maneco y le ató las manos detrás de la espalda.

— Estoy harto de indisciplina — declaró Rivas iracundo; — hay que hacer un ejemplo... Lo juzgará el Consejo de guerra y lo fusilarán mañana...

VIII

Mientras le conducían entre cuatro soldados, Maneco pensó en su madre. Mil ideas acudieron en tumulto á su imaginación. ¡ En poco más de veinticuatro horas había vibrado tanto ! La existencia, como la distancia, es larga ó corta, según el vehículo en que la recorremos. Un mundo cabe en un día. Su vivir había tomado de pronto una rapidez vertiginosa que acababa en una catástrofe. ¿Cómo salir del apuro? No había podido cambiar una palabra con sus amigos. Y sin embargo, urgía hacer saber á su familia lo que pasaba. Sólo ella le podía salvar interponiendo influencias. Una rebelión de savia se le subió á los ojos. Quería vivir para su madre y para todos los suyos, entre los cuales colocaba ya á Luciana, que había sido para él como la revelación de la verdadera juventud.

Cuando le acostaron en el cepo, cara al sol, Maneco hizo una mueca de cólera.

— Ahora te vas á divertir — le dijo brutalmente el sargento, dejando estallar su antipatía.

Y dirigiéndose á los que le ayudaban, añadió :

— Estos caballeritos de la ciudad creen que todo lo pueden... Hay que enseñarles á ser soldados.

Después de lo cual se alejó, escupiendo por el colmillo.

Maneco paseó los ojos por las caballerizas, convertidas en cuerpo de guardia y en prisión.

Los detenidos jugaban á la taba, riendo y maldiciendo. Todos eran gentes de mala catadura : malhechores arrestados en el instante en que asaltaban á los transeuntes, ladrones vulgares y cuatreros (1) reincidentes, que aprovechaban el tumulto para desencadenar sus instintos. El estudiante se sintió herido por la injusticia. Mientras él estaba en el cepo, todo aquel limo social evolucionaba á su antojo, familiarizado con las costumbres de las cárceles. Los soldados que iban y volvían con el arma al brazo, miraban á los bandidos con menos severidad que á él. En la atmósfera de las revoluciones rurales, un ratero era una cosa co-

(1) Ladrones de caballos.

rriente, mientras que el insubordinado que iba á comparecer ante el Consejo de guerra resultaba algo excepcional y monstruoso.

Los detenidos saludaron al recién llegado con algunas bromas :

— Te salió mal la aventura...

— Ahora sí que te la gana el otro...

— Ni las migas te va á dejar...

— ¿Por qué no le escribes una carta antes que te fusilen?

Las conversaciones de los que le trajeron habían sido escuchadas. Todos estaban al corriente de lo ocurrido...

Maneco tuvo que ahogar una nueva rebelión. Lo que aquellos hombres decían avivaba la angustia dentro de él. ¿Qué iba á ser de Luciana? Picado en su amor propio y con el campo libre, Murillo multiplicaría las pretensiones. La persecución iba á resultar más insultante y más tenaz que nunca. ¿Era capaz don Nicola de imponer respeto al militarote brutal? Las suposiciones más extravagantes asaltaban su imaginación. ¿Qué había pasado después de su arresto? Bajo un viento loco, todo se mezclaba como en una pesadilla... Volvió á pensar en su madre... Urgía hacerle saber los sucesos que le arrastraban á la muerte. Porque no era posible forjarse ilusiones. El Consejo de guerra no

haría más que dar color legal á lo que ya estaba dispuesto. Rivas era inflexible y Murillo se encargaría de rematar la venganza. ¿Dónde encontrar un apoyo en medio de la jauría hostil? Sus ojos buscaron inútilmente una fisonomía conciliante. No había en torno más que los hoscos soldados que hacían brillar sus bayonetas al sol, y el grupo soez de malhechores insensibles.

Maneco llamó al centinela que estaba más cerca, y el hombre se acercó de mala gana, arrastrando su fusil.

— ¿Qué quieres?...

— Un favor — respondió el estudiante, tratando de ganar la voluntad de su interlocutor.

— Habla...

— Que se haga saber á mis amigos, que están en *La Sirena*, la necesidad de prevenir á mi familia...

El soldado se echó á reír.

— ¿Para que me pongan preso á mí también? — preguntó en son de burla. — ¿No sabes que estás incomunicado?...

— Nadie lo descubrirá, y la recompensa será gorda... — insinuó nuestro amigo, dando á entender que tenía dinero en el bolsillo.

Pero la desconfianza ó la disciplina inmovi-

lizaron al militar en una actitud inabordable,
— ¡Cállese la boca! — ordenó.

Y los pasos volvieron á resonar acompasadamente sobre las piedras, subrayando el ir y volver monótono, parecido al del péndulo de un reloj.

Maneco languidecía en sus perplejidades. Estaba perdido. En el entrevero borroso de la conmoción, nadie vendría en su ayuda. La sentencia se ejecutaría sin tropiezo... Sin embargo, Luciana debía velar por él... De acuerdo con sus amigos, preparaba quizá un proyecto de evasión, una intriga para poder escapar... En medio del desaliento, asomaba la confianza en lo desconocido y en la sombra... Pero un silbido persistente interrumpió las meditaciones. El estudiante adivinó que era una señal. Sus ojos interrogaron las ventanas que aparecían por encima del muro, del otro lado de la calle. En una de ellas estaban Valverde y Grau.

Entonces empezó un diálogo mudo y penoso... El prisionero no podía moverse para contestar, pero sus ojos aprobaban ó interrogaban, indicando que comprendía ó pidiendo nuevas aclaraciones. Grau gesticulaba con desesperación. Sus manos señalaron el camino de Buenos Aires, afirmando la necesidad de traer á alguien de allá. Maneco se estremeció de ale-

gria. Habían tenido la misma idea. Pero Valverde hizo ademán de manejar un fusil, y explicó que no era posible salir del campamento á causa de los centinelas... El teléfono no funcionaba tampoco... Pero tratarían de buscar otra cosa. ¡ Confianza ! ¡ Confianza !, decían las manos abiertas y cordiales.

Un juramento interrumpió la escena.

— ¡ Bájeme á esos hombres del balcón !

Era Murillo, que venía á ver si se habían cumplido las órdenes.

— El preso debe estar incomunicado — declaró, dirigiéndose al sargento Aldama; — que lo transporten bajo techo, al fondo de las caballerizas, donde no pueda ver ni oír á nadie...

Mientras los soldados ejecutaban la orden Murillo se acercó á su víctima y le gritó en los ojos :

— Me las vas á pagar todas juntas. Mañana te fusilan. Y tu mujer, aunque se defienda, acabará por caer en mis brazos...

IX

Bajo la gran luna redonda, que fué subiendo lentamente como un globo de nácar, difundió la noche el silencio sobre la población dormida. La atmósfera sofocante sumió á todos en un sopor indefinible, y en el campamento ensimismado sólo se oyó el grito agudo de los grillos y la eterna voz monótona :

— ¡Centinela, alerta!

— ¡Alerta está!

Maneco había visto pasar las horas sin que nada viniera á confirmar sus inducciones. Un nuevo destacamento, compuesto de civiles, reemplazaba en la guardia á los veteranos hoscós; pero la relativa condescendencia de los recién venidos no podía hacerle olvidar la situación. Estaba definitivamente condenado; y al suplicio de ver cómo se acercaba la muerte, se unía la angustia de saber que su novia tendría que soportar las injurias del enemigo brutal.

En ese instante, como si surgiera del muro apareció Luciana, palidísima.

Maneco trató de incorporarse, pero el cepo le mantuvo de espaldas. Entonces se arrodilló la joven, y con los ojos en los ojos, sin darse cuenta de lo que hacían, se tutearon.

— ¿Cómo has podido entrar?

— Bebe este poco de agua fresca que he traído; debes tener sed...

El estudiante absorbió ávidamente algunos tragos.

— He pretendido venir varias veces, y siempre me han rechazado. Tus compañeros han hecho también lo posible... Pero esos hombres no dejan pasar á nadie... Murillo ha dado la orden de mantenerte lejos de todos... y especialmente de mí..

— ¡ Infame !

— Habla más bajo, que te pueden escuchar...

— De todos modos, estoy perdido...

— No te abandones á la desesperación; tenemos tiempo...

— Tiempo... ¿de qué?

— De inventar algo, de salvarte de algún modo... Yo no sé... Pero las cosas no han de ocurrir así... No me puedo quedar sola en la vida con el recuerdo de un día de felicidad...

— La historia de nuestra ternura ha sido tan rápida, que parece un sueño...

— No hables como si todo hubiera concluído. Ten confianza... El Consejo de guerra comprenderá la situación y te absolverá...

— Las faltas á la disciplina no quedan impunes...

— Te condenarán á la prisión..

— Un ejército no lleva cárceles en sus furgones... Lo único que espero, lo espero de ti...

— ¿Yo puedo salvarte?

— No, no es eso... Quiero que me prometas que, en ninguna circunstancia dejarás de mantener tu primera actitud... ¿me entiendes?...

— ¡Maneco!

— Aunque dependa de ello tu vida, aunque te doble la amenaza...

— ¡Maneco!

— Y aunque Murillo recurra á todas las disimulaciones y todas las artes...

— Pero, ¿estás loco?...

— Preveo lo que puede ocurrir y te pongo en guardia... Cuando yo no esté aquí para interponerme, ese hombre empleará todos los medios...

— No.

— ¿Cómo lo sabes?

Las voces temblaron bajo la emoción.

— Porque yo le pondré en la imposibilidad de continuar...

— ¿Cómo?

— ¿Quieres que te lo jure?

— Sí.

— Por la salud de mi madre...

— ¿Y si él insiste?

— No insistiré...

— ¿Por qué?

— Te repito que no insistiré

— ¿Cómo lo puedes afirmar tú?

— Porque lo sé.

— ¿Y cómo lo sabes?

— No me interrogues, Maneco. El juramento debe bastar...

— No dudo..., pero tu tranquilidad me llena de inquietud... ¿Cuál es la razón que te hace estar segura?...

— ¿Quieres que te lo diga?

— Lo exigo...

— Porque yo también habré muerto.

La atmósfera trágica de la revolución despojaba al amor mismo de sus delicadezas soñadoras y le imponía no sé qué perfil guerrero y marcial.

Á lo lejos se oyó un redoble de tambores. De la calle se levantó un rumor interrumpido por el galope de los caballos. Se temía un ata-

que. Pero la alarma había cundido tantas veces, que muchos se contentaron con sonreír :

— Eres un ángel, Luciana — dijo Maneco, besando á su novia por la primera vez; — ahora puedo morir tranquilo... El desenlace no va á tardar... porque la victoria de los revolucionarios lo hace más fatal aún... Ante las tropas envalentonadas y triunfantes, será más necesario el ejemplo...

— Por favor, no hables así. Todavía podemos tener confianza...

— ¿En qué?...

— En las gestiones de Valverde y de Grau.

— ¿Qué es lo que proyectan?

— Han pedido hablar con el general Gómez, y van á presentarse al jefe mismo de la revolución para contarle lo que ocurre y pedir justicia...

— Todo ello resultará inútil. En estos momentos no serán recibidos, y aunque lo sean, no conseguirán nada... Lo que convendría poner en juego son las influencias concluyentes...

— ¿Cuáles?

— Las que puede mover mi padre...

— ¿Pero tu padre ignora la situación?...

— Naturalmente. No ha sido posible hacerle saber lo que pasa...

— ¿Por qué?

— Porque estamos aislados de todo. Nadie puede salir del campamento...

— ¿Nadie?

— Grau me lo ha dicho por señas desde un balcón hace media hora...

— ¿Y tú crees que si tu familia viene en tu auxilio, te salvas?

— Estoy seguro.

— Entonces, vendrá.

— ¿Cómo.

— Vendrá.

— No hay teléfono...

— Ya lo he pensado...

— Tampoco hay ferrocarriles...

— No importa...

— ¿Cómo se ausentará de aquí el que lleve el aviso?

— No lo sé.

— ¿Cómo atravesará las líneas revolucionarias?

— ¡Quién sabe!

— Tendrá que ir á pie de noche hasta Buenos Aires...

— Irá.

— Y los auxilios deberán llegar mañana mismo... porque si no será tarde...

— Llegarán. Es necesario que tú vivas...

— ¿Pero conoces á alguien capaz de hacer ese viaje?

— Sí. Dame las señas de tu casa...

Maneco indicó el bolsillo con los ojos y Luciana sacó una tarjeta.

— Mira que el más pequeño error — recomendó el estudiante — sólo serviría para agravar las cosas...

— No temas nada...

— ¿Estás segura del mensajero?

— Sí.

— ¿Hace mucho tiempo que le conoces?...

— Sí.

— ¿Cómo se llama?

— Poco importa...

— Dímelo.

— ¿Para qué quieres saberlo?

— Dímelo...

— Soy yo.

Maneco sintió por segunda vez un estremecimiento de ternura. Aquella mujer tenía un cielo en el corazón.

Pero un soldado vino á advertirles que la entrevista no podía continuar. El campamento estaba en desorden. De un instante á otro podía entrar allí un jefe.

La últimas palabras las dijeron al oído.

— ¿Y tu padre?

- Estoy dispuesta á sacrificarlo todo...
 - La fatiga te impedirá llegar...
 - Iré en el sulky de las compras... y volveré con la madrugada.
 - Un beso...
 - Ten fe en la Providencia...
 - Y en ti...
-

X

La confusión aumentaba en las calles. El ruido de las armas y el toque de los clarines difundían la inquietud y la expectativa. Ya estaban organizadas las columnas que debían salir al encuentro del ejército legal.

Los jefes atravesaban la población haciendo chisporrotear las piedras bajo el galope de sus caballos. Y el cielo, impasible, asistía á la nueva movilización, que iba á ser quizá tan vana como las otras.

Sin embargo, los prisioneros comenzaban á agitarse. Los diálogos fueron más vivos :

- Ahora sí que es de veras...
- Algún día había de ser...
- Claro, no se van á quedar como los postes del telégrafo...
- ¿Quién será el ganador?
- Cualquiera...
- Para nosotros es lo mismo...

— Mentira; porque si triunfa la revolución, nos abrirán las puertas en la locura del triunfo, mientras que si es el Gobierno... ¡pobre patria!... ya nos están degollando...

El que así argüía era un indio cachazudo, lleno de cicatrices, que pasaba por conocer a fondo la « profesión ».

— ¿Y por qué han de ser más malos aquellos que éstos? — preguntó otro criollo de mala catadura.

— Claro que son iguales — repuso el de las cicatrices; — pero hay que considerar muchas cosas... Los de aquí están en su campo, y si ganan se quedan en su casa. Pero los de allá entrarían con la furia del combate, ensartándolo todo. ¡Ay del que quede en un pueblo que cae en manos del enemigo...!

— Lo que es yo — declaró un flacucho gesticulador — ya me estoy preparando para estirar las piernas... En cuanto empiece el baile, atropellamos la guardia y ¡hasta la vista!...

— Eso es lo que yo he pensado — confirmó otro del corro; — en cuanto arrecie el tiroteo se descompagina el orden y nosotros debemos aprovechar...

El indio de la cicatriz insistió :

— Con tal de no caer en manos de los que entran...

— Pero, ¿y si triunfan éstos?

— Vaya uno á saber...

— Lo jugaremos á la taba...

El grupo se abrió, multiplicando las interjecciones y los comentarios.

Uno de los bandidos designó á Maneco á la distancia :

— Lo que es aquél no tiene mucho que pensar... Si gana la revolución lo fusilan, y si triunfa el Gobierno, como no puede huir, lo clavan en la tierra de un bayonetazo...

— Cuando llegue el momento podemos sacarlo de ahí — lanzó tímidamente un comentario.

Pero la idea levantó un coro de exclamaciones

— ¿Y crees que va á haber tiempo?

— ¡Si fuera de los míos!

— Nos fusilarían...

— Déjalo dónde está...

— ¿Quién le obligó á ser zonzo?

Maneco se mordió los labios. Su salvación sólo podía ser obra de Luciana. Pero, ¿conseguiría ésta llegar á tiempo? Cuanto más hondas eran sus reflexiones, más comprendía la imposibilidad de la aventura. Aunque su novia lograse salir del campamento, y aunque su padre corriese en seguida á despertar á los amigos, las cartas y las recomendaciones no

podrían venir al cuartel general antes de las diez de la mañana... Y como el Consejo de guerra se reunía á las seis... Toda esperanza equivalía á un sueño... Su destino era morir contra un muro, acribillado por las balas de la soldadesca inconsciente, mientras Murillo continuaba haciendo víctimas, sin que nadie pusiera obstáculos á su carrera. Buena estaba la justicia de los hombres y la de Dios... Él no había hecho más que sostener al débil y defender su derecho á la felicidad... El gesto duro había sido la consecuencia de una serie de agravios anteriores... ¿Por qué injuriaba el capitán á Luciana? ¿Por qué servía el Código militar para amparar los desmanes de los jefes?... ¿Unos tenían la facultad de mancharlo todo y otros el deber de sonreír ante el insulto?... Un uniforme ¿bastaba para metamorfosear el corazón?... La pureza y la sinceridad, ¿habían muerto?... ¡Valiente cambio! ¿Y él anclaba todos sus ideales juveniles á la sombra de aquel partido? ¿Ese era el ejército destinado á reformar y purificar la patria? Lo que había abarcado en algunas horas bastaba para juzgar el conjunto... Aquella no era más que una nueva horda de ambiciosos y de mandones que aspiraban á sustituir á los que estaban en el gobierno... Con la ingenuidad de los veinte

años, él imaginó que todo el limo de las almas y de las cosas derivaba de las autoridades; y que quienes declamaban contra él, tenían las virtudes opuestas á esos vicios... Así se explicaba el entusiasmo... Había arriesgado la vida para venir á luchar por un ideal... Pero el desengaño era terrible... Maneco tuvo la revelación de que abarcaba la síntesis de las revoluciones de América. El deseo indeterminado de reformas era explotado por grupos políticos que se hacían un estandarte del descontento general y se sustituían á los otros en las alturas, sin más programa que la ambición... ¿Qué había venido á hacer él allí?... Sus desilusiones de partidario y sus rencores de hombre se mezclaban en un solo movimiento hostil... Estuvo á punto de desear que las tropas del Gobierno acabasen con aquella muchedumbre desorientada é inorgánica. Pero recordó las frases del indio. El ejército vencedor entraría derribándolo todo... Maneco vaciló entre las dos muertes... Y se quedó con los ojos clavados en la luna, que seguía describiendo su inmensa elipsis sobre el campamento en ebullición, donde se prolongaban los relinchos salvajes de los potros...

XI

Con el alba naciente se oyeron los primeros disparos de fusil, y resonaron las exclamaciones y los vítores. Por fin iban á entrar en contacto los ejércitos. Después de tan larga espera, todos experimentaban un alivio al sentir que se acercaba el momento de jugar la vida.

Los prisioneros se concertaron entre regocijados y ansiosos.

— ¡Ahora es la nuestra...!

— ¡A prepararse, muchachos...!

— Todavía no...

— Lo echaríamos todo á perder...

— No hay que apurarse...

— Pero estemos en acecho...

— En cuanto llegue el minuto, nos lanzamos sobre la guardia... y se acabó...

Maneco sintió que una ola de sangre le obstruía el cerebro. El instinto de conservación, disimulado en la vida por las convenciones so-

ciales y las preocupaciones románticas, se le salió á los ojos en forma de azoramiento febril. Aquello era su sentencia de muerte. Todos podrían escapar, pero él quedaría atado á su prisión, como si formara parte de ella... Le acometió una cólera salvaje contra el destino. Cuando la vida empezaba á abrirse con las sonrisas del amor; cuando él se descubría nuevas razones de optimismo y de felicidad, llegaba un monstruo obscuro que lo desbarataba todo. Antes de conocer á Luciana, la muerte no le causaba pavor. Había venido á mirarla en los ojos con el desdén y la audacia de la juventud. Pero después del encuentro, su alma y sus preocupaciones habían tomado otro rumbo. Necesitaba vivir para realizar el poema que se ofrecía en el dintel de sus veinte años. Algunas horas hubieran podido bastar para salvarle la existencia... Pero todo parecía concertarse para acabar con él... La sangre y el exterminio se interponían entre la bondad y el amor, como si quisieran simbolizar el resultado y la esencia de los motines...

El clarín ensordecía la atmósfera. Los regimientos desfilaban, haciendo resonar sus pasos rítmicos. Y las descargas de fusilería, cada vez más cercanas, se sucedían sin interrupción.

La lucha había comenzado. Algunos proyec-

tiles cayeron sobre el techo de cinc, produciendo un ruido impresionante, que subrayaba la reserva y la emoción de todos.

— La cosa empieza bien — dijo sonriendo el voluntario que se paseaba ante las cabañerizas.

Era éste un mocetón coloradote, que llevaba con orgullo sus distintivos. La boína encarnada y el lazo de cinta azul daban á su fisonomía una expresión de felicidad y de franqueza.

Maneco le llamó para preguntarle la hora.

— Son las cuatro — repuso el hombre, sin tratar al prisionero con la severidad de los otros.

El estudiante abrió entonces la conversación.

— ¿Las tropas del gobierno son numerosas?

— Parece que sí — repuso el militar improvisado, apoyándose contra el muro — y vienen bajo las órdenes del ministro de la Guerra... Pero les hemos descubierto las intenciones...

— ¿Cómo?

— Aprovechando la obscuridad, intentaron un movimiento envolvente, para presentarse por donde nadie las esperaba...

— Entonces, ¿el combate se libra ahora al Sur...?

— Al Sur de Temperley...

Maneco respiró. El camino de Buenos Aires

estaba libre, y Luciana lograría pasar... si llegaba á tiempo...

Para calmar su inquietud refirió las causas que le habían traído allí.

— Pésimo asunto... — declaró el soldado, entrecerrando los párpados : — los Consejos de guerra son severísimos... porque en estos momentos de confusión hay que mantener la disciplina... más que nunca...

Y, obedeciendo á sus tendencias conciliantes, se apresuró á añadir para consolar al prisionero :

— Quizá se contenten con los trabajos forzados...

— Pero el Consejo de guerra no se podrá reunir hoy...

— Mientras no se sepa el resultado de esta jornada decisiva...

Un caballo sin jinete entró á escape, como si huyera de un peligro, y se refugió, temblando, en las cuadras que había ocupado, quizá, antes de que la revolución impusiera su metamorfosis.

El soldado se acercó á él y examinó las riendas y la silla, que tenían grandes manchas de sangre.

— Algún oficial muerto — dijo volviendo á reanudar la conversación.

Pero los acontecimientos se precipitaban.

Un grupo de enfermeros atravesó el patio, conduciendo tres camillas. Los heridos los cubrían de injurias. ¿Hasta cuándo iban á errar de casa en casa, sin encontrar un lugar propicio?

— Tampoco es posible preverlo todo — articuló el soldado con la tranquilidad del que no sufre.

Maneco empezó á dudar de la victoria. Aquel desorden, aquella dispersión de esfuerzos y de voluntades, tenían que engendrar un fracaso.

Las balas silbaban sin tregua.

Y un estampido desigual reinaba sobre el conjunto.

— Son los cañones del presidente — murmuró el soldado, dejando ver su inquietud; — me asombra que resuenen tan cerca...

La derrota se dejaba presentir.

Algunos fugitivos empezaron á pasar, difundiendo el pánico. La imprevisión de los jefes les había hecho caer en una emboscada. Cogidas entre dos fuegos, las tropas insurrectas se veían obligadas á recular para rehacerse y presentar el combate en mejores condiciones. Unos venían heridos, otros intactos; pero en las caras se leía una impresión de desaliento. Saltaba á los ojos que la cosa no había empezado bien.

Sin embargo, los oficiales reunieron de nuevo

á sus huestes. El combate debía ser terrible.

— ¡ Si no fuera por los cañones ! — repetía obstinadamente el soldado que conversaba con Maneco.

Y, con cifras y detalles, explicó que los dos regimientos de artillería comprometidos en el movimiento habían faltado á última hora á su palabra, haciendo peligrar el éxito de la revolución.

Los enemigos bombardeaban el campo desde lejos, causando pérdidas terribles. Pero, á pesar de todo, quedaba una esperanza. El Gobierno no podía contar con la fidelidad de sus tropas. De un momento á otro iba á estallar una sublevación entre los mismos que defendían al presidente.

Demás está decir que las previsiones del partidario no se realizaron.

Una nueva ola de fugitivos invadió el cuerpo de guardia. Y esta vez no fué posible reaccionar. Encorvados bajo un viento de terror, los hombres huían arrancándose los distintivos y abandonando los rifles para disimularse y escapar á sus perseguidores. Era el desbande final en todo su horror trágico. Un gran clamor de angustia se levantó del campamento sacudido por la derrota. Los heridos se arrastraron fuera de las casas suplicando que les ayudaran á huir

también, porque presentían que, ebrias de victoria las fuerzas del Gobierno, se desencadenarían como un ciclón.

Maneco paseó los ojos por las caballerizas. Los malhechores habían desaparecido sin dejar rastros. Y la guardia se preparaba á escapar á su vez.

— Libertemos al prisionero — dijo el soldado conversador, en cuya cara se reflejaba una expresión de pánico.

Dos hombres se ofrecieron para ayudar.

Pero las manos inseguras y febriles se ensayaron sin éxito, y como la cosa se hacía larga, el instinto egoísta pudo más que la compasión. Empujados por los clamores, que resonaban cada vez más cerca, todos corrieron en tumulto, abandonando al que quedaba de espaldas, sin más defensa que su soledad.

Los minutos cobraron entonces una lentitud siniestra. El estudiante cerró los ojos y, á través de los párpados, vió que todo naufragaba en un océano de púrpura. La vida había perdido colores y relieves y el mundo no era más que una gran bola de fuego donde se derretía el porvenir...

Pero, calmado el desequilibrio reapareció la ansiedad primera. Los debates tumultuosos volvieron á abrirse dentro de la raénz desampa-

rada y vacilante. Ya no se trataba de inquirir si se salvaría ó no, porque los acontecimientos no dejaban lugar á duda; pero surgía el problema de saber cuál de las muertes posibles era la menos dolorosa... ¿El arma blanca ó el bala-
zo?... Todo resultaba aceptable con tal de que bastara un solo golpe... Lo que le horrorizaba era la herida que tortura y deja el cerebro sano y activo. La imagen del infeliz que se había degollado en el desván de *La Sirena* le impuso un estremecimiento interior...

Al estruendo de las descargas sucedía el de los ayes y las imprecaciones... La carnicería continuaba en el centro de la ciudad.

— ¡ Por aquí, por aquí !... — clamaron algunas voces.

Y una soldadesca ebria de sangre y de botín inundó las caballerizas donde yacía el estudiante.

Primero pasaron á su lado sin verle; después se oyó un grito :

— ¡ Aquí hay otro !...

El soldado que iba delante levantó el fusil para hundir la bayoneta...

Pero una sombra se interpuso entre la víctima y el arma.

— Es de los nuestros...

Maneco creyó soñar. Su madre y su novia

estaban allí, acompañadas por el fiel Rufino, que les servía de guardián.

La señora de Ramírez abrió los brazos.

— ¿No ven ustedes que es un prisionero que los revoltosos han abandonado al huir? — exclamó deteniendo el avance del grupo con una mentira salvadora.

El noble ademán imperativo, los hermoso cabellos blancos y el traje suelto y severo, daban á la silueta un extraño poder de sugestión.

Los agresores retrocedieron intimidados.

— ¿Y cómo sabe usted que ese hombre no es un rebelde? — preguntó el más ladino con cierta firmeza, á pesar de la entonación respetuosa.

Luciana se apoyó en el muro para no caer.

— Porque es mi hijo — respondió la madre.

Los soldados se concertaron atónitos y la señora de Ramírez comprendió que ganaba terreno.

— Por lo demás — añadió con una familiaridad comunicativa — basta verle maniatado para descubrir que era un enemigo de los que acaban de escapar. ¿Desde cuándo se muerden los lobos entre sí?...

— Tiene razón — murmuró otro del grupo.

— ¿Y cómo ha venido á parar al cepo? — interrogó el último.

— Porque le creyeron un espía enviado por el ejército del presidente... Pero ustedes han llegado á tiempo para salvarle...

Cuando se decidieron á libertar á su hijo, la señora de Ramírez estalló en sollozos. El esfuerzo había sido sobrehumano. Una mirada, un gesto, una duda, pudieron precipitar el desenlace. Su cariño lo adivinó y se contuvo. Pero los nervios se desencadenaban después de la horrible presión de la voluntad.

Maneco se levantó al fin, con el cuello y las mejillas llenas de manchas rojas.

— ¡ Mi madre ! ¡ Luciana !... — exclamó reuniendo á las que le habían salvado.

Y el grupo, delirante y feliz, se refugió en el llanto, mientras Rufino, bajo el influjo de una alegría confusa, lanzaba al aire su sombrero, y de pie sobre los escombros repetía su estribillo tradicional :

— Yo obedezco á su merced...

XII

Un billete, que confío á vuestra discreción, termina la historia :

« Mi divina Luciana : Aunque esta tarde iré como de costumbre á tomar el te contigo, me apresuro á transmitirte en estas líneas matinales la gran noticia triunfal. Mi padre se presentará mañana á pedir tu mano. La existencia nos sonrío como un camino lleno de sol. Pero al escribirte no puedo dejar de evocar los percances y las lágrimas que nos acercaron. ¡ Cuánto hemos sufrido ! Valverde y Grau, á quienes acabo de ver, dicen horrores de la Revolución y ensalzan la actitud del presidente, que ha perdonado á todos. De nada nos serviría cambiar de hombres ; lo que urge es transformar las costumbres. Yo opino como ellos y me asombro de haber estado al servicio de pasiones que sólo descubro ahora. ¿ Pero cómo no agradecer al sacudimiento nuestra dulce no-

vela sentimental? Los peligros sólo fueron aparentes, porque una mano de luz nos empujaba. Dirás que soy supersticioso; pero la casualidad de nuestro encuentro, al cual debo la vida; la destreza feliz con que venciste las dificultades y hasta la expiación trágica de Murillo, que cayó destrozado por los cañones, me parecen obedecer á una influencia superior constantemente inclinada sobre nosotros. Así como se interpuso entre mi pecho y la muerte, la sombra de mi madre nos ha escudado en todos los peligros. Sepamos corresponder á su ternura infinita con otra igual y empujemos nuestra barca de ensueño hacia la claridad del porvenir.»

FIN

ÍNDICE

LA LEYENDA DEL GAUCHO.	3
EL TIGRE DE MACUZÁ	65
LOS POBRES VIEJOS	83
TOTOTA	95
LA VENGANZA DEL CAPATÁZ.	121
LA SOMBRA DE LA MADRE	131

